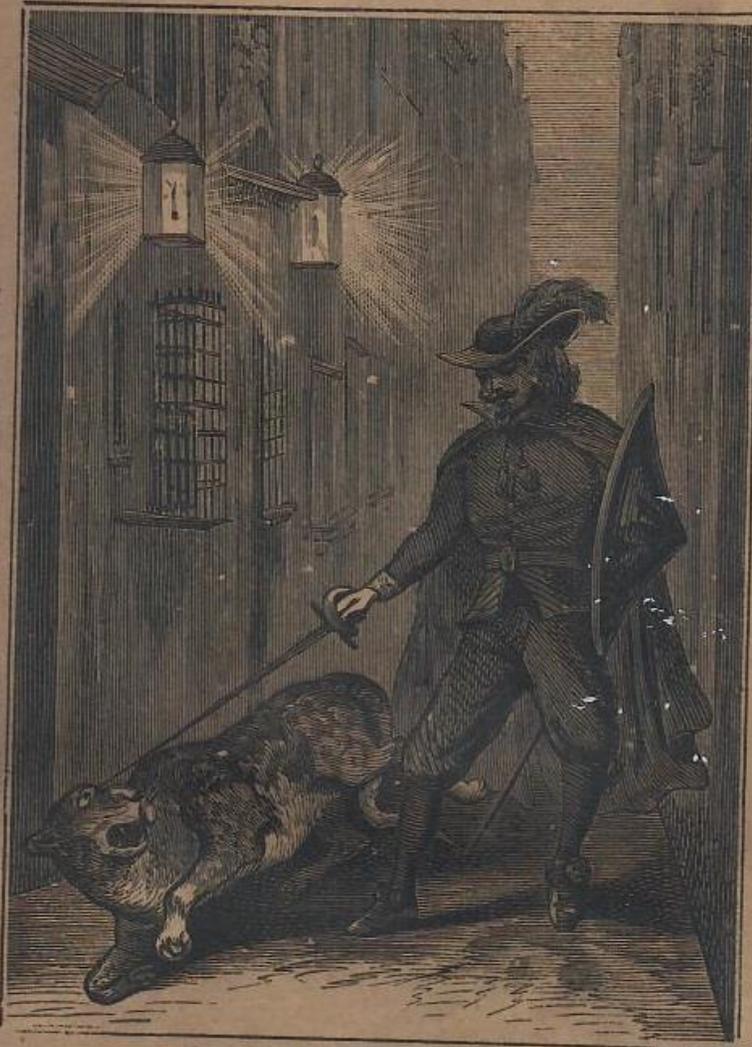


QUEVEDO Y EL CONDE-DUQUE.



BIBLIOTECA MADRIEÑA.

REAL Y MEDIO CADA TOMO.

POR DON A. DE SAN MARTIN.
TOMO II.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

QUEVEDO Y EL CONDE-DUQUE.

NOVELA ORIGINAL

DE

DON ANTONIO DE SAN MARTIN.

TOMO II.

MADRID: 1875.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

EDITORIAL MONTAÑA Y MARTÍN

QUEVEDO Y EL CONDE-DUQUE

NOVELA ORIGINAL

Es propiedad de los editores.

MONTAÑA Y MARTÍN

II

MONTAÑA Y MARTÍN

EDITORIAL MONTAÑA Y MARTÍN
CALLE DE LEGANITOS, 17 Y 19, MADRID

CAPITULO PRIMERO.

Principio de una aventura que le sucedió á Quevedo siguiendo á dos tapadas, á través de las calles de Madrid.

El célebre poeta no podía prescindir, como llevamos dicho, de su añeja costumbre de recorrer de noche las calles de la villa.

—No me sería posible conciliar el sueño, solía decir á sus amigos, si antes no hubiese hecho mi acostumbrada ronda por calles y plazuelas.

Y recorría en efecto las más principales, ya estuviese el tiempo bonancible, ya el Guadarrama hiciera sentir sus helados soplos.

Una noche, noche nebulosa y fría en extremo, atravesaba á buen paso la calle de Leganitos.

Aquella calle, como debe suponerse, no era la hermosa calle de nuestros días.

Sin aceras, con caserones negros y destartados, ó con casuchos de ruín aspecto, no era digna, á decir verdad, de la capital y córte de España.

En una de sus esquinas, que daba frente á la plaza de Santo Domingo, habia una imágen de la Virgen de los Dolores, alumbrada tan pronto como cerraba la noche, por un pequeño farol de renegridos cristales.

Algunos fieles, vecinos todos ellos de la calle de Leganitos, mantenian á sus espensas la luz de aquel farol, casi siempre mortecino, casi siempre escaso de aceite.

Aquella luz, era el único alumbrado que tenia la calle.

Atravesaba esta Quevedo, como acabamos de decir, á tiempo que en el reloj del cercano convento de Santo Domingo, sonaban acompasadamente las nueve.

El frio era cada vez más excesivo.

Subió hasta los ojos, el poeta, el embozo de su capa de paño de Segovia, y apretó el paso con ánimo de dirigirse á su vivienda.

El tiempo no podia ser peor, para los aficionados á aventuras nocturnas.

—Friamente acaba, «iba pensando el autor de *El gran Tacaño*», este endiablado mes de Noviembre.

El año será abundante en cosecha de catarros y pulmonías.

Si Dios no lo remedia, antes de que termine el año, *Pateta* se habrá llevado á algunas docenas de dueñas y de suegras, que es la mejor leña que se conoce en el infierno.

Aquí llegaba el poeta, con sus festivos pensamientos, cuando dos tapadas que seguian su mismo camino, se le pusieron delante, y prosiguieron avanzando cada vez con paso más rápido, cual si estuviesen muy de prisa.

Ambas iban cubiertas de piés á cabeza, con cumplidos mantos de color oscuro.

—Dos *busconas*, murmuró el poeta.

Sin embargo, su extremada afición al sexo bello, y un sentimiento de curiosidad muy natural en él, le obligaron á avivar el paso.

—Parecen tener buen talle, pensó fijando una

penetrante mirada en las dos mujeres. Con especialidad la más alta, creo que debe ser esbelta y graciosa. ¡Oh sí! ¡muy graciosa!

Siento mucho no haber traído mi linterna, pues entonces hubiera podido despejar mejor ese par de *incógnitas*.

Aquella noche, como de costumbre, no iba provisto de linterna.

Al llegar frente á la Santa imágen de que hemos hablado, á pesar de la vacilante luz del farol, Quevedo pudo satisfacer en parte su curiosidad.

La tapada más alta, la que habia cautivado ya su atencion, tenia efectivamente un aire muy gentil y distinguido.

Dirigiéronse las dos mujeres hácia la Costanilla de Santo Domingo, y el poeta siempre en pos de ellas, dijo á media voz pensando en la que tanto se cubria, y á la cual en su imaginacion se figuraba jóven y hermosa:

«Prenderante si te tapas,
pues Dios buen rostro te dá:
no te tapes, porque habrá,
al primer tapon, zurrapas.

¿Por qué la cara te tapas?

¿Acaso el viento te ofende?...

El que esconde lo que vende,
no acrecienta su caudal.

Yo no lo digo por mal.....

Aquí llegaba en su improvisacion, cuando las dos tapadas, se detuvieron bruscamente.

Quevedo iba tan cerca de ellas, que tambien se vió obligado á detenerse.

—Caballero, le dijo la más alta de las dos. Os ruego que no nos sigais.

Hay en ello algun peligro.

—¿Para mí?... preguntó el poeta. Permitidme que lo dude.

—Si tal, afirmó la tapada, cuya voz era dulce y juvenil.

—Pues entonces, prosiguió el poeta con tono festivo, os seguiré aun cuando sea hasta el fin del mundo.

Sin ser precisamente temerario, no hay nada para mí tan incitante, como los peligros que no conozco.

—Como gustéis, dijo la dama del manto. Se-

guidnos, pues, pero no podreis decir luego que no os hemos advertido.

Dicho esto, echó á andar nuevamente, con paso acelerado.

Quevedo hizo lo mismo, y pensando siempre que las tapadas eran *busconas*, nombre que solia dar á las mujeres de virtud dudosa, empezó á recitar en voz baja una de sus más célebres letrillas, de la cual con el beneplácito de nuestros lectores, copiamos las siguientes estrofas:

«Madre, yo al oro me humillo;
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado,
de continuo anda amarillo:
que pues *doblon*, ó *sencillo*
hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es Don Dinero.»

«Es galan, y es como un oro;
tiene quebrado el color;
persona de gran valor,
tan cristiano como moro.
Y pues dá y quita el decoro,

y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es Don Dinero.»

«Sus escudos de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales,
no hay escudos de armas dobles;
y pues á los mismos robles
dá codicia su minero,
poderoso caballero
es Don Dinero.»

«Y es tanta su majestad
«aunque son sus duelos hartos»
que con haberle hecho cuartos,
no pierde su autoridad,
Pero pues da calidad
al noble y al pordiosero,
poderoso caballero
es Don Dinero.»

«Nunca ví damas ingratas
á su gusto y aficion,
que á las *caras* de un *doblon*
hacen *sus caras*, baratas;

y pues las echa bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es Don Dinero.»

Y tanto como lo es, prosiguió el poeta dejando el verso por la prosa. «*Dádivas, ablandan peñas; y si yo me adelantase á dar á esas dos damas, lo que contiene mi limosnera, cierto estoy de que no se harían de pencas.*

Pero solo un dar me agrada,
que es *el dar*, en no darnada.

Veamos, sin embargo, en lo que para esta aventura.

Al tiempo de pronunciar estas palabras, las tapadas á las cuales el malicioso poeta seguía á muy corta distancia, desembocaron frente al palacio Real, en el lugar que hoy se llama plaza de Oriente.

Cruzaron la plaza sin detenerse, pero volviendo de cuando en cuando con disimulo la cara atrás, y despues de caminar largo rato penetraron en las tortuosas y lóbregas calles, que enton-

ces como en la actualidad, se llamaban barrio de *la Morería*.

Tristes y solitarias se hallaban aquellas calles.

El helado viento de invierno silbaba en ellas, produciendo extraños rumores y lúgubres y misteriosas quejas.

CAPITULO II.

En el cual se ve, lo cara que pudo haberle salido al héroe de nuestra historia, su afición á ir en pos de las mujeres.

Era necesario ser muy tenaz en los propósitos, ó tan amigo de correr aventuras como lo era Quevedo, para obstinarse como él se obstinaba en seguir á dos tapadas, que lo mismo podían ser feas, que lindas; jóvenes que viejas.

Las desconocidas continuaban volviendo la cabeza de cuando en cuando, y cuchicheaban entre sí.

El barrio de la Morería es uno de los más antiguos de Madrid.

Su construcción, aun recuerda á los árabes; los aguerridos poseedores de aquel *Magerid*, cas-

tillo famoso, dominado por el célebre *Alimenon de Toledo*.

Con el excelente alumbrado público de nuestros días, el rondador nocturno no puede forjar ciertas ilusiones en su fantasía; pero en tiempo de Quevedo, al atravesar las oscuras y torcidas calles de aquel barrio, el hombre soñador, creía ver abrirse á cada instante una arabesca celosía, ó aparecer entre las sombras un adorador del falso Profeta.

Quevedo, á pesar de su imaginación poética, al seguir á dos misteriosas tapadas, no se hallaba dispuesto á dar vida en su mente á varios fantasmas, á recuerdos de otra época, y sólo esperaba el desenlace de aquella aventura, y la presencia del peligro que una de las encubiertas le había anunciado.

Aquel peligro, se presentó al fin.

Al revolver la esquina de una calle solitaria y negra como *boca de lobo*, y séanos permitido valernos de esta tan sabida comparación, seis hombres le acometieron con espada y daga en mano.

Por fortuna, el poeta iba prevenido, y las armas de sus enemigos no hicieron más que agujerearle la capa.

Rápido como un relámpago, dió un salto hácia atrás, y desenvainó su espada.

—¡Cobardes! ¡Villanos!—gritó embistiendo con los seis hombres, con el denuedo y sereno valor que todos reconocían en él.

Los asesinos, y por Dios que no eran merecedores de otro nombre, quisieron rodear á Quevedo; pero este conoció en seguida sus traidoras intenciones, y se apresuró á guardar la espalda apoyándose contra el paredon de una casa.

Una vez allí, su larga espada describió un semicírculo, y mantuvo á raya á aquellos infames.

—¡Vive Cristo! menguados;—exclamó hiriendo en el pecho al más próximo de sus contrarios, que habeis de pagar cara vuestra felonía.

El herido lanzó un agudo grito, y no tardó en caer de espaldas, exclamando con voz dolorida:

—¡Virgen Santísima del Cármen! ¡Ampárame!... ¡Muerto soy!...

—¡Que Dios tenga piedad de tu alma!—añadió Quevedo, sin dejar de esgrimir su acero.

Durante largo rato, no se oyó en la sombría calle, más ruido que el que producía el chocar de los aceros.

Y la calle parecía no tener habitantes, ó que estos estaban, ó se hacían los sordos, pues no se entreabría un sólo postigo, ó una celosía, ni nadie se asomaba á una reja para evitar aquella terrible contienda.

Sonó un nuevo grito.

Habíalo lanzado otro de los asesinos, al cual la espada de Quevedo acababa de poner fuera de combate.

El herido, despues de llevarse la mano al pecho, retrocedió hasta la pared opuesta, contra la cual se apoyó de espaldas, exhalando tristes lamentos.

Grande era el valor de Quevedo, pero á pesar del poderoso esfuerzo de su brazo, á pesar de que era un consumado maestro en el arte de la esgrima, no tardó en comprender que al fin sucumbiría al número de sus encarnizados enemigos.

Exasperados estos al ver á dos de sus compañeros, el uno tendido en tierra y muerto al parecer, y el otro gravemente herido, menudearon sus golpes y acometieron á Quevedo ciegos de ira.

—¡A él, vive Dios!—exclamó con voz ronca el que parecía capitanear á los asesinos.—Es una vergüenza para nosotros, el que un solo hombre haya inutilizado á dos de nuestras mejores espadas, y que nos mantenga á raya durante tanto tiempo.

—Ese no es hombre;—replicó uno de los asesinos, parando á duras penas un diluvio de cuchilladas que le asestaba Quevedo.

—Pues, ¿qué es entonces?

— ¡Un diablo desencadenado!—contestó el asesino sordamente.

Aun le fué posible al poeta contener por algún tiempo á los que le acometían.

Sin embargo, su brazo empezaba á cansarse.

Muy mal lo hubiera pasado, si en el mismo instante en que empezaba á sentir algo parecido al desaliento, no hubiera sonado á lo lejos ruido de pasos precipitados.

Aquellos pasos se iban acercando.

Pronto se escucharon algunas voces, que gritaban:

—¡En nombre del rey!

Estas palabras, rara vez dejaban de producir un efecto sorprendente.

En nombre del monarca, las rondas de los alcaldes de casa y córte que durante la noche discurrían por la villa, prendían á los malhechores que intentaban llevar á cabo alguna fechoría, y también á los galanes que disputaban espada en mano, el amor de una dama.

Tan luego como los asesinos oyeron las tan conocidas voces que les ordenaban detenerse en nombre del rey, se detuvieron, si; pero fué para huir precipitadamente, en dirección contraria á la que traían los individuos de la ronda.

Su herido compañero, intentó seguirlos, pero en vano.

Apenas hubo dado algunos pasos, cayó pesadamente de rostro contra la tierra, lanzando un profundísimo gemido.

Caido ya, no hizo movimiento alguno.

No se podía decir si estaba muerto, ó desmayado únicamente, á consecuencia de la pérdida de sangre.

—Otro pícaro ménos en el mundo;—dijo Quevedo.

Quien mal anda, mal acaba.

CAPITULO III.

La declaracion de un herido.

—No daba ya por mi vida la octava parte de un escudo sencillo; prosiguió el poeta suspirando ruidosamente. Esos diablos, estaban empeñados en agujerearme el pellejo.

Razon tenian aquellas dos benditas tapadas, que desaparecieron como el humo, al decir que habia peligro en seguir las.

Vaya si lo habia.

Bien dicen, que no hay rosas sin espinas.
Ellas eran las rosas.

Espinas, las puntas de las espadas de esos rufianes, de las cuales me ha librado seguramente, la intercesion de algun santo.

Pero, ¡vamos á cuentas!

Las dos prójimas no eran *busconas*, como cándidamente habia creído, sino un hermoso cebo que me pusieron delante para atraerme á una ratonera, á esta cobarde emboscada.

¡Vive el cielo, que acabo de librarme casi por milagro, pues los rufianes no eran mancos!

De hoy en adelante procuraré tener más cautela.

La ronda iba acercándose por momentos, pero nuestro caballero no envainó su espada, ni aun quiso huir, pues pensaba muy acertadamente que sólo huyen los que tienen algun delito, y él no habia hecho más que defender su existencia amenazada de muerte.

Pronto vió brillar á corta distancia el resplandor de las linternas de los alguaciles, y pocos instantes despues un alcalde de casa y córte, acompañado de dos escribanos y de veinte, ó quizá más esbirros, desembocó en la calle en donde acababa de tener lugar la sangrienta lucha.

Al ver á Quevedo, que esperaba á la ronda con reposada aptitud, le dieron el alto,

El poeta entonces envainó su espada, y se aproximó lentamente al alcalde de casa y córte.

—¡Prended á ese hombre! gritó el alcalde á sus alguaciles.

—Poco á poco Sr. D. Blas de Abendaño, replicó Quevedo descubriéndose al mismo tiempo.

Creo que no he dado motivo para ser tratado con tanto rigor.

La luz de una de las linternas daba de lleno en el noble y expresivo rostro del poeta.

El alcalde, ó llamémosle D. Blas de Abendaño, pues ya no ignoramos que este era su nombre, tenia el rostro severo y cejijunto; un rostro que estaba en armonía con el notable puesto de ministro de justicia, que desempeñaba.

—¡D. Francisco! exclamó con asombro, al conocer á Quevedo.

Púsose este su chambergo adornado con plumas negras y cintillo de terciopelo, viendo que el Sr. de Abendaño no le mandaba cubrirse, y continuó:

—He dicho, señor alcalde de casa y córte, que creia no haber dado motivo bastante para ser

conducido á la cárcel de la villa, y creo que me dareis la razon cuando sepais que he sido acometido por media docena de asesinos.

Si he dado muerte á dos de ellos, fué en defensa propia, pues me parece que no era justo el permitir que me enviasen impunemente á mejor vida.

—En efecto, en efecto; dijo D. Blas de Abendaño.

Los alguaciles, entre tanto, reconocian al primer asesino á quien Quevedo habia tendido de una soberbia estocada.

El asesino estaba muerto.

Al tiempo de levantar al segundo, al que habia intentado huir en el momento de aproximarse la justicia, los esbirros notaron que aquel hombre respiraba aun.

Sin embargo, tenia los ojos fuertemente cerrados, y vertia sangre en gran abundancia, por una herida que tenia en el pecho.

Restañáronle la sangre, y algunos momentos despues, abrió los ojos.

Al verse rodeado por las gentes de justicia,

lanzó un profundo suspiro, exclamando luego á media voz:

—¡Paciencia! ¡cómo ha de ser!

¡Al fin y al cabo, un dia ú otro, tenia que suceder esto!

Preguntóle D. Blas de Abendaño si era cierto que habia querido matar á Quevedo en compañía de otros cinco hombres más, y respondió:

—Tan cierto es, como que ahora no me libro de ir á servir á su majestad, remando ocho ó diez años en una galera.

Hemos intentado matar á ese buen caballero que se defendió como un leon, y que me administró una soberbia herida que me dará que hacer bastante.

—Decid los nombres de vuestros cómplices, ordenó gravemente el alcalde.

—Eso sí que no; replicó el herido con resolucion.

Los nombres de mis compañeros no los pronunciará jamás mi labio.

¡Antes que hacerles traicion, permita el cielo que enmudezca!...

Pero ya que no los nombres que deseais, os diré al ménos el mio.

Me llamo Ginés de la Encina, y soy conocido entre los bravos, con el sobrenombre de *Chinchilla*, por haber nacido en esta ciudad.

He sido soldado, y servi al rey en Italia.

Dejé el sérvicio, para unirme con algunos camaradas, todos ellos gente de buen humor, en compañía de los cuales ejecuté algunas proezas en los montes de Toledo.

Perseguidos allí por los cuadrilleros de la Santa Hermandad, nos fué preciso abandonar la alegre vida que llevábamos y entramos en la corte buscando nueva manera de ganarnos el pan de cada día.

No nos iba de todo mal, y sin el maldito negocio de esta noche, no dudo que hubiéramos llegado á mucho.

Peró la codicia nos cogó.

¡Bien dicen que la codicia rompe el saco!

Esta es mi historia.....

Valiente caballero; añadió dirigiéndose á Quevedo. Vivid prevenido, pues tenéis poderosos caemigos que desean vuestra muerte.

Y no digo más, aun cuando me tuesten.

—Eso ya lo veremos; murmuró D. Blas de Abendaño.

—Ahora, por caridad de Dios, prosiguió el herido, desearia que me llevasen á donde pudiera ser curado, pues me incomoda bastante... este rasguño que tengo en el pecho.

Por órden del alcalde, cuatro alguaciles se dispusieron á trasportar á Ginés de la Encina á uno de los hospitales de la villa.

Otros cuatro, recogieron al muerto, y lo dejaron depositado en la iglesia de San Andrés, uno de los monumentos más curiosos de Madrid, pues contiene restos notables de una antigua mezquita.

Los demás individuos de la ronda, con su alcalde á la cabeza, salieron del barrio de la Morería.

Refirióle Quevedo á D. Blas de Abendaño todo lo que le habia sucedido aquella noche.

Escuchó D. Blas atentamente el relato del poeta, y luego le dijo:

—Amigo mio: es indudable que habia fraguada una trama infernal, para quitaros la vida.

Ya veremos si se puede poner en claridad el misterio, averiguando el nombre de vuestros enemigos.

Por de pronto, uno de los pájaros ha caído ya en nuestras manos, y eso ya es algo.

Entre tanto, sed prudente, y no os dediquéis á correr aventuras, impropias de la posición que ocupáis, y de vuestros años, pues al fin y al cabo no sois ya un imberbe mozalvete.

—Teneis razon, Sr. de Abendaño, asintió Quevedo reflexionando en lo que acababa de decirle el alcalde de casa y corte.

CAPITULO IV.

Una inesperada declaracion de amor, y una generosa mentira.

A pesar de los buenos deseos de D. Blas de Abendaño, y de su pasmosa actividad, no se pudieron averiguar los nombres de los que habian intentado asesinar á Quevedo.

El único que hubiera podido declarar aquellos nombres, era Gines de la Encina, y este habia muerto á consecuencia de su herida.

Al poeta no le importaba gran cosa el averiguar quienes eran sus enemigos, pero sin embargo vivia con cautela y no se aventuraba por las noches en las calles lóbregas de Madrid.

Además, siempre que salia á dar su acostum-

brado paseo, hacia que lo acompañase Beltran, de cuyo valor y lealtad tenia sobradas pruebas.

Desde su vuelta á la córte, no habia visto aun á doña Lorenza de Alpuente.

En honor de la verdad, esto no le interesaba gran cosa, y sólo dos ó tres veces se habia acordado de la enamorada jóven.

Una mañana, en el momento en que se disponia para ir á palacio, Beltran le entregó un billete que acababan de traer para él.

Aquella misiva estaba escrita en papel sumamente blanco, gran lujo en aquel tiempo, y exhalaba un delicioso perfume.

Rompió Quevedo el neta, y con no poca admiracion, leyó lo que sigue:

«Señor D. Francisco: No se me oculta que una noble doncella que en algo se estima, debe morir primero que manifestarle á un hombre, sus secretos pensamientos, pero hay en mí una fuerza tan superior, que me obliga á deciros lo que ya quizá habreis adivinado.

Desde el momento en que os he visto luchan-

do denodadamente con una fiera, vuestro sereno valor se me hizo simpático.

Deseé conoceros, y vuestra conversacion franca y amena, no tardó en impresionarme de una manera profunda.

Posteriormente, cuando al tomar mi defensa, dísteis muerte al villano que me habia ofendido, mi corazon llegó á interesarse de tal modo por vos, que huyó de él para siempre el sosiego.

La gratitud me obligó á escribiros entonces, dándoos el aviso que ya sabeis, y partísteis para Italia.

Bien sabe Dios que no descansé un sólo instante, hasta tanto que supe que estábais en salvo.

Pensando en vos noche y dia, vuestro recuerdo fué el encanto de mi vida, y mi ilusion más dulce.

Estais lejos de mí, en el momento de confiar al papel mis amorosos pensamientos, y por lo tanto no podéis ver el rubor que cubre mi frente.

Se que me dirijo á un cumplido caballero, y por lo tanto esta confesion es para mí mucho menos costosa.

Largo tiempo viví alimentando la dulce esperanza de volver á veros, y al saber que estábais ya de retorno en Madrid, pensé morir de alegría.

Sin embargo, no habeis hecho nada por llegar hasta mí, y al gozo no tardó en sustituir un amargo pesar.

Quiero, sin embargo, saber de una vez á qué atenerme.

Que os amo con delirio, no podreis dudarlo ya, cuando me atrevo á manifestaros mis pensamientos, confiada en vuestra hidalguía.

Pero, vos, ¿me amais tambien?...

Grande sería mi dicha, si así fuera.

Vuestro amor me devolveria la calma, que ha huido de mi pecho hace ya mucho tiempo.

Casi no me atrevo á esperar tanta felicidad.

Sé que el rey os protege, y si no teneis inconveniente en aceptar mi mano que os ofrezco con toda mi alma, pedidme á su majestad: desciendo de noble casa, y es necesario obtener el real permiso.

Os diré para vuestro gobierno, que el Conde-

Duque de Olivares, mi tutor, desea casarme con D. Melchór de Castrogeriz, secretario suyo.

Mi tutor, sabe ya que os amo, pues yo misma se lo he dicho, y hallareis en él mucha oposicion á que se realicen mis halagüeñas esperanzas.

Pero, no importa.

Si me amais, como yo os amo, (el corazon me dice en este instante que sí), lograremos vencer todos los obstáculos, á pesar de las amenazas de mi tutor.....

—Ya empiezo á ver claro, dijo Quevedo interrumpiendo la lectura de la carta. Ahora sé ya quién ha sido el infame que armó la mano de los que deseaban quitarme la vida.

¡Ah, Conde-Duque, Conde-Duque!....

Prosigamos.

Esto diciendo, volvió á fijar su vista en la carta, la cual continuaba de este modo:

«Soy rica. Sed dueño de mis riquezas, así como lo sois ya de mi corazon.

Tambien soy enteramente libre, por desgracia mia, y no tengo padre, madre ni hermanos, á quienes dar cuenta de mis acciones; no tengo más

que el tiránico yugo que pretende imponerme el Conde-Duque, y de él sabré librarme con vuestro auxilio.

Pero si no aceptais mi mano, si mis amantes ofertas sufren una cruel negativa, entonces entraré en el convento con que de continuo me amenaza mi tutor.

Espero vuestra decision, con la más viva ansiedad.

Loca estoy de amor por vos, no lo dudeis, y la incertidumbre es para mí en este momento un horrible martirio.

Entregad vuestra contestacion á la dadora de esta carta, que es una de mis dueñas, y persona de toda mi confianza.

Vuestra apasionada.

LORENZA DE ALPUENTE.

—Pues señor, dijo Quevedo terminando la lectura de tan singular misiva. Grave es el compromiso en que me pone esa mal aconsejada jóven.

Si le pregunto á mi corazón si la ama, el corazón me responderá francamente que no, y soy

incapaz de engañar á nadie, especialmente á una pobre mujer, fingiendo una pasion ardorosa y volcánica que no siento, y que probablemente no sentiré jamás.

Sin embargo, es muy duro el tener que decirle á esa desdichada:

«Os habeis equivocado: ni os amo, ni puedo amaros nunca, aun cuando sea el primero en apreciar infinito las buenas cualidades que os adornan.»

¡Diablo, diablo!

Nunca me habia visto en trance semejante, y no sé cómo podré salir de él.

Pero, ¡qué diantres! aquí del ingenio.

Esto diciendo, se sentó á su mesa de escritorio, y despues de cojer papel y pluma y de meditar un buen rato, escribió lo siguiente:

«Señora mia: harto desgraciado soy, y digno de compasion, en no poder aceptar la ventura que tan generosamente me ofreceis.

Un gravísimo inconveniente, un obstáculo, mejor dicho, se opone al logro de esa ventura.

Indudablemente, no era merecedor de poseer

un ángel tal de belleza, como sois vos, señora, y por eso me veo precisado por la imperiosa necesidad, á sofocar los amorosos latidos de mi corazón.

Más bien que odiarme, me debeis compadecer.

Sabed ahora el obstáculo que se interpone entre nuestra mútua felicidad.

Estoy casado secretamente.

Gravísimos inconvenientes me han privado hasta ahora de hacer público mi matrimonio, del cual sólo muy pocas personas tienen noticia.

Guardadme también el secreto, señora de mi alma, pues pudieran originárseme muy graves perjuicios.

Yo ya habia adivinado vuestros sentimientos, y como es indigno de un buen caballero el engañar á una noble doncella, hé ahí la razón, la poderosa razón por qué no corrí á arrojar me á vuestras plantas, tan luego como llegué de Italia.

Al adivinar lo que pasaba en vuestra alma, al reconocerme esclavo de vuestra belleza, no me sentia con fuerzas suficientes para poder resistir el secreto impulso que hácia vos me arrastraba,

y temia sucumbir, y temia dar alimento á la pasión que habíais logrado encender dentro de mi pecho.

Repito que en lugar de aborrecerme, debeis compadeceros de mí.

¡Oh! ¿por qué no os habré conocido antes?...

Os devuelvo vuestra carta.

Si me quedara con ella la leeria cien y cien veces, y eso seria añadir nuevo combustible á la hoguera que arde dentro de mi corazón, y que el deber me ordena apagar cuanto antes.

Este cruel deber me obliga también á deciros que... me olvidéis.

Adios, señora, hágaos el cielo tan dichosa como mereceis serlo, y perdonad á vuestro admirador, etc., etc.»

Terminada la carta, Quevedo la cerró y la selló, y por medio de su criado la hizo llegar á poder de doña Engracia Herrera, que era la dueña que esperaba la respuesta.

Quevedo por aquel tiempo aun no estaba casado.

Hasta algunos años despues no habia de unir

sus destinos á doña Esperanza de la Cabra y Aragon, señora de Zetina.

El amor no le habia herido aun, y tenia bastante aversion al yugo matrimonial; tanta, que hacia muy poco tiempo que habia escrito su chispeante sátira contra el matrimonio; aquella famosa sátira que empieza de este modo:

«Solo se casa ya algun zapatero
pues que á la obra ayudan las mujeres,
y ellas ganan con carnes si él con cuero.

Los siempre condenados mercaderes
mujeres toman ya por granjería,
como toman agujas y alfileres.»

No sintiéndose inclinado al matrimonio, creyó que seria mucho ménos ofensivo que rechazar la mano de doña Lorenza de Alpuente y Castropol, decirle á aquella enamorada jóven que estaba casado.

De este modo podia lastimar su corazon, pero no heriria cruelmente su amor propio.

Como se ve, Quevedo conocia perfectamente al bello sexo.

Empero no le aprovechó su generosa mentira.

Pensó que doña Lorenza de Alpuente le olvidaria creyéndole casado, pero no fué así.

El amor que la hermosa huérfana le profesaba, era un amor constante y sincero, y no uno de esos amores vulgares que se extinguen al soplo de una dificultad, de un contratiempo.

Así fué, que tan luego como la jóven hubo leído la carta de Quevedo, se sintió acometida de una profunda melancolía.

Cuando el Conde-Duque de Olivares, que no desistia tan fácilmente de su proyecto, le habló otra vez de él, le dijo con profundo abatimiento:

—No puedo ser esposa de vuestro secretario, porque no le amo.

Yo no sé, ni quiero mentir.

Ese caballero ya encontrará otra dama que sepa apreciar mejor que yo, lo mucho que vale.

Tampoco puedo unirme á Quevedo, pues hay razones muy poderosas que me lo impiden.

El mundo tiene para mí pocos atractivos, y por lo tanto volveré al convento en donde me he educado.

Toda la entereza y severidad de carácter del

Conde-Duque no pudieron hacer desistir á la jóven de su propósito, y poco tiempo despues esta entraba nuevamente en el convento.

El ministro de Felipe IV, aquel que podia llamarse el verdadero rey de España, ardia en coraje y juraba la pérdida de D. Francisco de Quevedo.

Los cuantiosos bienes de Lorenza, en vez de ir á parar á poder de su hijo, conforme habia pensado, se destinaron, por disposicion de la jóven, á los hospitales y demas establecimientos de beneficencia de la villa.

CAPITULO V.

En el cual se demuestra el poco caso que hacia Quevedo de sus enemigos.

Habia una dama en la córte, dama jóven y hermosa, que se llamaba doña Blanca de Alvarado, condesa de Alvarado.

Esta dama, como otras muchas, habia estado enamorada de Quevedo, pero no tanto como la pobre doña Lorenza de Alpuente.

La prueba de ello es que aun cuando la condesa hubiera dado de muy buena voluntad su blanca mano al poeta, no tomó muy á pechos la frialdad que empezó á notar en Quevedo, cuando este se apercibió de que la hermosa pretendia ser esposa suya.

Desvaneci6se el encanto.

La condesa de Alvarado se convenció de que el poeta predilecto de las musas, el hombre que hacia latir de amor el corazon de las más enco- petadas damas de la córte, era una especie de mariposa que volaba de flor en flor sin fijarse en ninguna, y aun cuando despechada, un poco ren- corosa, y un si es no es deseosa de vengarse, ocultó sagazmente su despecho y tuvo talento su- ficiente para continuar sonriendo á Quevedo, sin que de sus labios se escapase el menor reproche, ni que su pecho exhalase el más leve suspiro.

Poco tiempo despues se consol6 de aquel con- tratiempo amoroso que habia destruido, Dios sa- be, cuántas halagüeñas esperanzas, y un gallar- do capitan de la guardia amarilla, llamado don Cosme de Peralta, hizo latir de nuevo su sensible corazon.

Sin embargo, aquella nueva pasion que des- truia completamente la pasion inspirada por Que- vedo, no extinguió la sombra de rencor, el deseo de venganza que aun existia dentro de su alma.

Generalmente hablando (y téngase en cuenta

que decimos generalmente), la mujer perdona con más facilidad al que la hace desgraciada, que al que ha tenido la desgracia de herir su amor pro- pio y de destruir una sola de sus ilusiones.

Quevedo sabia esto, y sabia asimismo que eran forzadas las amables sonrisas de doña Blanca, y forzadas tambien sus amables frases.

Sabia igualmente que tras aquella aparente dulzura se ocultaba cierta comezon (digámoslo así), una sed de venganza que sólo podia apagar- se viéndose satisfecha.

Sin embargo, el noble y valiente Quevedo no se inquietaba ni mucho ni poco ante aquel abor- recimiento femenino.

Para él era una distraccion, un medio como otro cualquiera de estudiar el corazon de la mu- jer, adivinando el deseo de venganza que encer- raba tan cuidadosamente el pecho de su bella enemiga.

Una observacion tan sólo llegó á inquietarle algun tiempo despues de haber recibido la carta de doña Lorenza de Alpuente, y fué el notar que la condesa de Alvarado y el Conde-Duque de

Olivares, su eterno perseguidor, su enemigo de siempre, sostenian en palacio largas y misteriosas conferencias, y que involuntariamente los ojos de ambos se dirigian hácia él con bastante frecuencia.

—De mí se ocupan, á no dudarlo, pensaba el poeta al observar aquellas rápidas miradas. De mí se ocupan, y no será probablemente de un modo muy caritativo que digamos.

Una mujer agraviada y un ministro universal herido en las fibras de su orgullo por los sonos de esa pobre lira que Dios me ha dado, no dejarán de inventar algo que me escueza mucho, algo que me perjudique.

Pero ¡qué diablo!

Yo no puedo evitar que eso suceda y que descargue la nube cuando sea tiempo.

Bastante hago ya con no correr aventuras desde que aquellas dos tapadas á quienes el Señor tome en cuenta sus honrados deseos de exterminarme, me llevaron á la emboscada preparada para mí en el barrio de la Morería.

Soy prudente como un anciano, sagáz, astu-

to como el buen Montalvan, que vive siempre prevenido, sabiendo que así *vale por dos*, y nada más puede exigírseme.

Que suceda lo que Dios quiera.

Lo que fuere, sonará.

*
* *

Estas y otras reflexiones se hacia el héroe de nuestra historia, preveyendo, pero sin serle posible adivinar, qué nuevo contratiempo se atravesaria en su camino.

No por lo que llevamos dicho, dejaba de ser el buen Quevedo lo que siempre habia sido, esto es, un hombre amable, franco, decidor.

Muy al contrario.

Nunca como entonces, que á su pesar experimentaba cierta inquietud, un pequeño desasosiego, pensando que sobre su cabeza estaba suspendida una nueva espada de Damocles, habia brillado tanto su génio chispeante y festivo.

Partidario del refran que aconseja que al mal tiempo debe ponérsele buena cara, escribia pican-

tes sátiras y letrillas que ponian en relieve y ridiculizaban los vicios de su época.

Pensaba acertadamente, que con la conciencia tranquila y el inextimable favor del rey, el cual le distinguia cada vez más dándole infinitas pruebas del singular aprecio que de él hacia, podía dormir con sosiego y esperar los acontecimientos.

La tormenta, sin embargo, debía estallar pronto sobre su cabeza.

CAPITULO VI.

D. Melchor de Cabrera.—La tranquilidad de conciencia.

Levantóse una mañana Quevedo, una hora ó poco más, despues de haber rayado la aurora, y como de costumbre se puso á trabajar en su gabinete, despacho, ó como quiera llamarse.

En aquel tiempo escribia la *Vida de Marco Bruto*, y cuando se entregaba al trabajo, nada habia que pudiera distraerlo de él.

Habia reconcentrado ya sus ideas, y dejaba correr rápidamente su inspirada pluma sobre el papel, cuando una buena anciana llamada doña Leonarda, que era su ama de llaves, entró en su despacho para anunciarle que un caballero de grave aspecto, y vestido completamente de ne-

gro, deseaba hablarle de un asunto de suma importancia.

Quevedo, cortés siempre y comedido, salió á recibir al recién llegado.

Era este un hombre de edad madura, vestido efectivamente con un traje muy severo, aun cuando no tanto como su rostro.

Poblados bigotes entrecanos, abundante cabellera en la cual asomaban tambien algunas blancas hebras, cejas abultadas bajo las cuales brillaban un par de ojos de mirada penetrante, labios delgados y un tanto pálidos, pómulos salientes y pálidos tambien y una frente espaciosa y surcada de arrugas, tal era el rostro del hombre que habia ido á interrumpir el trabajo de Quevedo.

El corte de su traje estaba en armonía con la severidad de sus facciones.

No podia decirse si era ó no, *hombre de armas tomar*, aun cuando llevaba al cinto una larga espada toledana de grandes gavilanes, y de redonda cazoleta.

*
**

Inclinóse profundamente el desconocido delante de Quevedo, y este le rogó con su acostumbrada cortesania, que tuviese á bien decirle su nombre.

—Me llamo, dijo el desconocido con reposado acento, Melchor de Cabrera para serviros, y soy caballero de la Orden de Calatrava.

Efectivamente, sobre el paño negro de su ropilla, hácia el lado del corazón, se destacaba el honroso distintivo de los calatravos.

Inclinóse Quevedo por segunda vez, y rogó al caballero que tomase asiento.

Sentóse D. Melchor de Cabrera, y despues de una breve pausa añadió:

—Ya que sabeis mi nombre, os diré la misión que me trae á vuestra casa.

Yo no sé, señor de Quevedo, cómo ni cuándo habeis incurrido en las censuras del Santo Tribunal de la fe, pero lo cierto es que esas censuras existen, y que sobre vos pesa una terrible acusacion.

—¿Una acusacion?

—Sí, y harto grave por desgracia.

Se os acusa de una culpa, de la cual sólo con gran dificultad alcanzareis el perdón.

También os diré para vuestro gobierno, que esa culpa está plenamente probada.

—¡Cristiano viejo soy! exclamó Quevedo llevando una mano á su pecho. ¡La religion de mis padres es la religion que yo adoro, y sólo por inadvertencia (no por malicia y á sabiendas), pude haber incurrido en las censuras de la Inquisicion, á la cual respeto y venero!

Pero, vos.....

—Sé lo que vais á decir, afirmó D. Melchor de Cabrera interrumpiendo al poeta, en tanto que en sus delgados lábios aparecía una pequeña contraccion, á la cual casi casi pudiera dársele el nombre de sonrisa.—Sé lo que vais á decir, repitió, y teneis sobrados motivos para querer averiguar con que derecho he venido á hablaros de un asunto tan delicado como el que nos ocupa.

Perdonad, caballero, mi inadvertencia, indispensable por cierto á mi edad.

Ved.....

Al decir esto desabrochó su ropilla, y sobre la blanca pechera de su camisa apareció una medalla ovalada, del tamaño de un duro poco más ó menos.

La medalla era de plata, y pendia de una cadenilla del mismo metal.

Quevedo se levantó, é hizo un reverente saludo á aquel distintivo.

En el centro de la medalla, y entre dos palmas, se destacaba una paloma que tendia sus alas, el Espiritu Santo mejor dicho.

D. Melchor de Cabrera volvió la medalla por el lado opuesto, y Quevedo pudo ver esmaltada en ella una cruz verde en campo negro, con un ramo de olivo al lado diestro y al siniestro una espada desenvainada.

Tales eran las armas de la Inquisicion.

Los que como D. Melchor de Cabrera llevaban sobre su pecho, una medalla igual á la que acabamos de dar á conocer á nuestros lectores, eran familiares del Santo Oficio.

Esta honra, que no todos alcanzaban fácilmente, era solicitada por los personajes más en-

cumbrados, por los individuos de la primera nobleza de España.

* *

Volvió á guardar D. Melchor su medalla, aquel poderoso talisman ante el cual se abrían de par en par todas las puertas, y se inclinaban las frentes más altaneras, y en seguida abrochó de nuevo su ropilla.

—¡Caballero! exclamó Quevedo con acento un si es no es melancólico.

¡Estoy á vuestras órdenes!

—A mis órdenes, no, replicó el familiar en tanto que se indicaba en sus labios una nueva sonrisa. Sin duda quereis decir, á las órdenes del Santo Tribunal, al cual indignamente represento en este instante.

—Perdonad.

—Nada tengo que perdonaros, Sr. D. Francisco, añadió D. Melchor de Cabrera. Me consta que sois un cumplido caballero, y á mi vez tengo que deciros que siento mucho el haber venido á proporcionaros un mal rato.

Ahora bien:

A fin de que deis vuestros descargos, os ruego en nombre su su excelencia, el señor Inquisidor general, que esta mañana mismo, un poco antes de las doce, os presentéis...

—¿En la Inquisicion?

—No; en el palacio del señor Inquisidor.

Este, y no otro, será quien os reciba.

—Está muy bien, Sr. D. Melchor de Cabrera. Seré exacto.

* *

Púsose en pié el familiar, y Quevedo hizo lo mismo.

El grave personaje saludó ceremoniosamente al poeta, y este fué acompañándolo hasta la misma puerta de la escalera, en la cual, se repitieron los ceremoniosos saludos y los recíprocos ofrecimientos.

—¡Pues señor, bien! exclamó Quevedo tan luego como hubo quedado solo. ¡Héme aquí metido en un verdadero laberinto, del cual sólo Dios sabe cómo podré salir!

Pero... ¡vamos á cuentas!

Yo creo en el Señor y en su Madre santísima, y la conciencia no me acusa de haber cometido crimen alguno, ni de haber dicho ni escrito nada que pueda atacar á la religion.

Y sin embargo, ese sério y estirado familiar que acaba de salir de aquí, me ha dicho que he delinquido, y que mi culpa está plenamente probada.

¿Qué será ello, Dios mio?

¿En qué ocasion, ó por qué motivo, pude haber merecido las censuras del tribunal de la Inquisicion?

Inclinó el poeta la cabeza sobre el pecho, y durante largo rato se quedó sumamente pensativo, cual si repasase en su memoria los sucesos de su vida, por los cuales hubiera podido merecer aquellas terribles censuras.

Pero como habia dicho muy bien, su conciencia estaba tranquila, y de nada, absolutamente de nada le acusaba.

Por lo tanto, la serenidad volvió á aparecer en su rostro.

Tenia Quevedo un excelente apetito, y como hubiese pasado ya la hora en que acostumbraba á desayunarse, rogó á doña Leonarda que le diese algo más sólido y más succulento que el chocolate que acostumbraba á tomar todas las mañanas.

La buena ama de llaves desempeñaba tambien el oficio de cocinera, y no tardó en presentar á su señor unas ricas magras de jamón revueltas con menudillos de gallina, que exhalaban un olor muy apetitoso.

—Hé aquí un plato, dijo Quevedo alegremente tomando asiento á la mesa, capaz de despertar el apetito de un moribundo.

Notando voy con placer, amiga doña Leonarda, que cada dia haceis más adelantos en el arte culinario.

—Eso, Sr. D. Francisco (afirmó la anciana ama de llaves), consiste tan sólo en que teneis un excelente estómago, y tambien en los buenos deseos que tengo de servirlos.

Más hace el que quiere que el que puede, dice el refran, y eso es verdad.

—De todos modos, añadió el poeta, repitió que sois una excelente cocinera, y que si hubiérais vivido en tiempo de Eliogábalo, aquel emperador tragon, hubiera hecho que os levantasen estátuas en todos sus dominios.

Sonrióse doña Leonarda, sintiendo halagado su amor propio al escuchar las justas alabanzas que le prodigaba su amo, y este continuó haciendo desaparecer del plato los menudillos de gallina y los torreznos de jamon.

—La tranquilidad de conciencia, pensaba el poeta saboreando su desayuno, es una gran cosa.

—Con la tranquilidad de conciencia y un manjar bien condimentado, el cuerpo adquiere buena sangre.

CAPITULO VI.

*Acusacion contra Quevedo.—Alegría de doña Leonarda,—
Casamiento.*

Mucho antes de la hora marcada, se presentó Quevedo en el palacio del Inquisidor general, á cuya puerta daban la guardia los soldados de la Fé.

Apenas dijo su nombre, fué conducido hasta la presencia del temible personaje, ante el cual se estremecian hasta los mismos individuos de la casa real.

Era el inquisidor un hombre que casi rayaba en la ancianidad, enjuto de carnes y de mirada severa y penetrante.

A pesar de sus años se adivinaba fácilmente

que poseía una organización vigorosa, una actividad no muy en armonía con su edad.

Aquel grave personaje tenía puesta una anchurosa bata, que se asemejaba mucho á la hopalanda que usaban los hebreos, y su cabeza calva y venerable, no estaba cubierta más que por un pequeño solideo encarnado, porque el inquisidor se hallaba revestido con la alta dignidad cardenalicia.

La habitación en donde Quevedo acababa de ser recibido, era más bien que sencilla, humilde.

Parecía la celda de un sábio anacoreta.

En uno de sus testeros se veía un Crucifijo de gran talla, obra maestra de escultura.

Frente á la Divina imágen, había un reclinatorio.

En otra de las paredes, se veía un estante lleno de libros forrados de pergamino.

Sentado se hallaba el inquisidor, en una silla de alto respaldo, ante una gran mesa de nogal atestada de libros y papeles.

Un enorme tintero y una salvadera de plomo,

figuraban también sobre la mesa, en la cual el único objeto algo rico y bello, era una pequeña campanilla de plata.

Segun hemos dicho ya en otra obra (1), tratando del mismo asunto, el inquisidor general era hombre intransigente en materias religiosas, y para mantener viva la fé, y para esterminar á los herejes, hubiera deseado celebrar todos los dias uno de aquellos terribles actos que infundian en los fieles tanto terror.

Al entrar Quevedo, el temible personaje fijó en él sus ojos que parecían leer hasta en los pliegues más recónditos del corazón humano, y después de un minucioso exámen, dijo con voz reposada:

—Tomad asiento, D. Francisco.

Obedeció el poeta, sentándose en la única silla que había en la parte opuesta de la mesa, y el

(1) «El Casamiento de Quevedo.» tomo III, capítulo VI, novela perteneciente también á la «Biblioteca madrileña.»

inquisidor despues de un corto momento de pausa, añadió:

—Os he enviado á llamar por uno de los más dignos y celosos individuos del consejo del Santo Tribunal, porque contra vos resultan gravísimos cargos; ¿gravísimos, lo entendeis?

Dos personas de la primera nobleza, os acusan de impío.

—¡Dios de misericordia!

—Y lo peor es que esas personas, amantes como pocas de nuestra santa religion, os acusan con justicia.

Sin saberlo quizá, inspirado indudablemente por el enemigo del género humano, habeis caido en delito, escandalizando al mismo tiempo á las almas timoratas.

Lleno Quevedo de la mayor confusion, pues aun ignoraba qual era su delito, dijo humildemente:

—¡No sé cuál es mi culpa!

Aun cuando malo, y pecador, soy cristiano, y bien público es el ardor con que defendiendo los sacrosantos misterios de la religion de Jesucristo, y la inmaculada Concepcion de la Virgen María.

Repito que no sé en qué consiste mi culpa.

¡Lo juro por mi honra!

¿Quereis decirme, señor, en qué he delinquido?

—Voy á decíroslo en seguida;—respondió el inquisidor general.—Hace algun tiempo, D. Francisco, no puedo precisar la época, habeis escrito una sátira sacrilega, espantosa, contra la institucion del matrimonio.

Esa sátira... ¡yo la he leído! Bien puede ser una obra maestra, una joya literaria, pero se ve en ella cierto sello infernal, el soplo de Satanás que fué el que os la ha inspirado.

Los tales versos, que en mal hora habeis escrito, produjeron entre los fieles gravísimo escandalo.

Son tales, que un mahometano, por ejemplo, no pudiera haberlos escrito de peor índole, al querer poner en ridículo, hacer odiosa la santa institucion del matrimonio, tan necesaria á una sociedad bien organizada.

Hé ahí vuestro pecado, pecado horrendo del qual (estoy bien persuadido), que vos mismo os espantareis.

Las últimas palabras del inquisidor fueron proferidas con entonacion robusta y severa, tanto que nuestro poeta se quedó anonadado, abalido bajo el peso de aquella acusacion tan tremenda como inesperada.

Hay que tener presente la época en que pasaban los sucesos que vamos describiendo.

En aquella época, cómo nuestros lectores saben muy bien, desde el rey, hasta el último de los españoles, todos temblaban, á todos causaba espanto el inexorable tribunal de la Inquisicion.

Los más elevados personajes, las mismas cenizas de los muertos, no estaban libres de caer bajo el dominio de la Suprema.

A todos alcanzaba su brazo terrible.

Por eso Quevedo estaba consternado.

Y á decir verdad, su sátira contra el matrimonio no podia ser más cruel, más intencionada.

Quizá tambien era una de las más graciosas que habia producido su musa juguetona y chispeante.

Hemos copiado la mayor parte de ella en la

obra titulada *El casamiento de Quevedo*, citada ya en el discurso de este libro, y para aquellos que no le conozcan, volveremos á insertar algunas de sus estrofas más notables.

Hélas aquí:

«Solo se casa ya algun zapatero
porque á la obra ayudan las mujeres,
y ellas ganan con carnes si él con cuero.

Los siempre condenados mercaderes
mujeres toman ya por granjeria,
como toman agujas y alfileres.

«Dicen que es la mejor mercadería
porque la venden y se queda en casa,
y lo demas vendido, se desvia.»

Hace luego el poeta una burlesca descripcion del matrimonio, y luego se desata en maldiciones contra uno que supone le aconseja que se case.

Despues afirma que prefiere al matrimonio las mayores desventuras, y exclama:

«¡Antes para mi entierro venga el cura,
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura!

Antes con mil esposas me encarcelea

que aquesa tome; y antes que el *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.

Antes que yo le dé mi mano amiga,
me pase el pecho una enemiga mano;
y antes que el yugo, que las almas liga,

Mi cuello abraze el bárbaro otomano
me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos
y no consienta el enemigo tirano.

Eso de casamientos, á los bobos,
y á los que en sí no están escarmentados,
simples corderos que degtiellan lobos.

A los hombres que estén desesperados
cásales en lugar de darle sogas:
¡morirán poco ménos que ahorcados.

.
Esta sátira, que todos, incluso el mismo rey,
habían celebrado mucho, como comprenderán
nuestros lectores, era una arma terrible que se
volvía contra su mismo autor.

Por muchísimo ménos motivo había castiga-
do severamente á algunos infelices el tribunal de
la Fé.

*
* *

Con disimulada satisfaccion observaba el in-
quisidor general el efecto que sus palabras ha-
bían causado en Quevedo.

Sentia halagado su amor propio al ver á aquel
hombre superior por su talento y por la fama de
que gozaba, pálido y abatido ante él.

Al cabo de un largo rato en que ni uno ni otro
pronunciaron palabra alguna, el inquisidor ex-
clamó:

—Hasta tanto que dos buenas almas me lla-
maron la atencion acerca de vuestra malhadada
sátira, yo no la conocia, y entre tanto el grave
escandalo era cada vez mayor, cuanto más se ce-
lebraba esa produccion verdaderamente satánica.

¡Ah! ¡Sr. Quevedo!

—¡Duéleme en el alma el tener que deciros que
empleais muy mal el claro ingenio que os ha con-
cedido el Cielo!...

Decidme, ¿qué cuenta dareis á Dios por ha-
ber hecho tan mal uso de vuestro talento?

—¡Grande es, señor, vuestra severidad para
conmigo! exclamó amargamente Quevedo.

—Severidad, añadió el ministro de la Inqui-

sición, que os vereis obligado á confesar que es justa.

—¡Justa es, lo confieso! afirmó el poeta.

Por lo tanto, ya que inadvertidamente he incurrido en las censuras del Santo Tribunal, que tan sábiamente preside vuestra grandeza, estoy dispuesto á hacer ver no tan sólo á la córte y á la villa, sino tambien á toda España, al mundo entero, que detesto esa maldecida sátira!

—¡Decidme, pues, lo que debo hacer!

—No me prometia ménos, afirmó el ministro, dulcificando algun tanto su acento, de vuestra piedad y de vuestro amor á la Santa religion de Jesucristo.

Pecado habeis, pero estais ya arrepentido.

Eso á los ojos del Señor, es sumamente agradable, y sereis perdonado.

Ahora voy á deciros lo que teneis que hacer.

Mucho antes de haberos enviado á llamar, he meditado largamente y consulté á sábios doctores acerca de vuestro asunto, que es harto espinoso por desgracia.

Ese asunto sólo tiene una solucion, una tan sólo, y es la que vais á oir.

Para desagruar á nuestra Santa Madre Iglesia, para hacer ver al mundo vuestro arrepentimiento, para destruir los impíos pensamientos de que está plagada vuestra sátira, y en fin, para que podais salvar vuestra alma amenazada de muerte, es necesario que tomeis estado lo más pronto posible.

Sólo contrayendo matrimonio, hareis ver al mundo que ya no pensais del mismo modo que habiais pensado, que vuestro arrepentimiento es sincero, que acatais al Santo Sacramento del cual os habeis mofado tan impiamente.

Es más que probable que Quevedo no esperase semejante solucion, pero aun cuando era poco partidario del casamiento, no se mostró muy apesarado.

La única muestra de afliccion que dió, fué un leve suspiro que quizá á pesar suyo se escapó de su pecho.

Despues, pronunció estas palabras:

—Supuesto que vuestra grandeza me afirma

que para reconciliarme con la Iglesia tengo precision de tomar estado, espero que me concedais un plazo que yo procuraré abreviar todo lo posible, á fin de poder elegir compañera.

Como comprendereis, señor, no estaba preparado.

—Justísima es vuestra peticion, afirmó el Ministro, y accedo á ella gustoso.

Fijad vos mismo el plazo, pero tened en cuenta que vuestra pobre alma está en grave peligro, hasta tanto que contraigais matrimonio.

Ya lo sabeis.

* *

Triste y pensativo salió nuestro poeta del palacio del inquisidor general.

Al entrar nuevamente en su casa, exclamó con dolorido acento:

—¡Ah! ¡Condesa de Alvarado! ¡Ah! ¡Conde Duque de Olivares!

¡Conociais mi aversion al casamiento, y habeis querido vengar vuestros imaginarios agravios, obligándome á que rinda mi cuello al pesado yugo!

¡Bien está!

¡Que Dios os perdone, pues yo no puedo perdonaros nunca vuestra ruin venganza!

* *

El ama de llaves de Quevedo vió á su señor tan triste y abatido, que alarmada justamente le preguntó con tierna solicitud qué era lo que le ocurría.

Refirióle el poeta su entrevista con el inquisidor, y terminó su relato con estas palabras:

—¡Ya veis, doña Leonarda, cuán desdichado soy!

¡Hacia ánimo de vivir siempre soltero, y unos malditos versos, unos menguados enemigos míos, mejor dicho, me obligan á tomar estado!

—Bien, ¿y qué?

—¿Cómo y qué?

¡Por ventura os parece poca desgracia la mia?

—¡Qué ha de ser desgracia, señor! replicó doña Leonarda. Desgracia sería por ejemplo, que os obligaran á casaros con mujer que os fuese repulsiva.

Pero dejándoos la eleccion de esposa, no podeis en conciencia llamaros desgraciado.

Así, pues, no os lamenteis, porque podria suceder que os castigase el cielo con una verdadera desdicha.

Elegid con tino y prudencia una compañerita hermosa y honrada, una noble mujer que os haga agradable la vida, y mil veces (yo os lo aseguro), habreis de bendecir vuestro nuevo estado.

El hombre en llegando á cierta edad, mi querido Sr. D. Francisco, vive mal si vive soltero.

El matrimonio, es el estado perfecto.

Eso lo sabeis mucho mejor que yo.

Casaos, pues, que tiempo os dan para buscar esposa, y yo me tendré por la mujer más feliz del mundo, si el cielo os concede fruto de bendicion.

—Despues de todo, murmuró Quevedo, puede que digais la verdad.

Doña Leonarda oyó estas palabras, y prosiguió alborozada:

—¡Vaya si la digo!

Ya vereis, ya vereis que bien os va, despues que os echen las bendiciones.

A fé de mujer honrada os juro, que no podiais haberme dado una noticia que fuese para mí más agradable.

¡Bendito sea mil veces ese soneto ó lo que fuere, que es causa de lo que os sucede!

¡Bendito el señor inquisidor, y hasta benditos tambien esos enemigos vuestros, que al querer haceros mal van á labrar vuestra dicha!

Los viejos, Sr. D. Francisco, sin duda porque estamos mucho más cerca que los jóvenes, de la vida eterna, poseemos algunas veces el don de la profecía.

Yo os afirmo en este momento, que sereis venturoso.

Mujeres hay en el mundo afortunadamente, capaces de hacer feliz al hombre más descontentadizo.

No todas son livianas, no todas son malas, no todas son busconas.

Elegid bien, prefiriendo belleza y calidad á las riquezas, y dejad que rueda la bola.

El soltero, y sobre todo el solteron, (vos lo sabeis mejor que yo) son aves de mal agüero,

hombres que debieran ser expulsados de los pueblos, obligándoseles á que viviesen en una isla desierta.

No digo esto por vos, pues aun no merecis el nombre de solteron, pero vale mucho más que no llegueis á merecerlo.

Casaos como Dios manda, pues hasta se casan á su modo las avecillas, y el cielo piadoso os colmará de ventura.

Consolado dejaron á Quevedo las buenas palabras de doña Leonarda.

—¡Teneis razon! exclamó ensanchando su pecho, y echando hácia atrás su abundante y negra cabellera. ¡El hombre soltero, cuando alcanza los años que yo he alcanzado ya, hace un mal papel en el mundo!

Buscaré pues mujer, ya que tal se han presentado las cosas que es necesario que yo forme parte de la Santa cofradía y despues ya veremos.

—Eso es hablar acertadamente, añadió la buena

ama de llaves, frotándose las manos con alegría.

Algunos meses despues Quevedo era esposo de doña Esperanza de la Cabra y Aragon, señora de Zetinas.

Doña Esperanza era una noble doncella, hermosa en extremo, y huérfana de padre y madre.

La buena estrella de Quevedo hizo que este encontrase una joya inapreciable en aquella joven bellísima.

Doña Esperanza no solamente era hermosa, sino que tambien unia á esta circunstancia un carácter angelical y algunas otras excelentes cualidades, más que las necesarias para poder labrar la felicidad de un hombre.

Además, la señora de Zetina amaba á Quevedo con idolatría.

¿Fué dichoso el buen poeta?

Casi nos atrevemos á afirmar que sí, aun cuando la historia lo calle.

Esa historia no dice tampoco si aquel matrimonio tuvo fruto de bendicion.

Lo que sí, dice, fué que Quevedo quedó viudo, siendo ya viejo y achacoso.

El poeta sintió mucho la muerte de su esposa de aquella noble y honrada compañera que le habia concedido el cielo, y á la cual habia llegado á amar entrañablemente.

CAPITULO VII.

La petición del poeta.—Prisionero y en libertad.

Trascurrió mucho tiempo.

El odio inextinguible del Conde-Duque de Olivares hácia Quevedo, aumentaba á medida que iban pasando los años.

El señor de la Torre de Juan Abad no era ya el jóven, el rondador nocturno amigo de aventuras casi siempre peligrosas.

Su abundante cabellera habia disminuido de un modo notable, su frente era mucho más espaciosa, y estaba además surcada de arrugas, hijas de la edad y de amargos sinsabores.

Tambien se habia apagado algun tanto el fuego de sus negros ojos.

Lo que no se habia apagado, lo que no habia disminuido, era el chispeante gracejo de su musa discreta y agudísima.

Enemigo de los hombres *linajudos*, de los cuales solia burlarse y hacer gran escarnio, compuso por aquel tiempo estos versos, que como todos los suyos fueron muy celebrados:

«Solar y ejecutoria de tu abuelo
es la ignorada antigüedad sin dolo,
no escudriñes al tiempo el protocolo
ni corras al silencio antiguo velo.
Estudia en el osar de ese mozueto
descaminado escándolo del polo:
para probar que descendió de Apolo,
probó, cayendo, descender del cielo.
No revuelvas los huesos sepultados
que hallarás más gusanos que blasones,
en testigos de nuevo examinados.
Que de multiplicar informaciones
puedes temer, multiplicar quemados,
y con las mismas pruebas faetones.»

Bien pareció este soneto á cuantos lo leyeron

excepto á una sola persona: al Conde-Duque.

Este, siempre se hallaba frente á frente del poeta.

El ministro universal era hombre que se jactaba de pertenecer al más esclarecido linaje, y como siempre estaba hablando de sus abuelos creyó que Quevedo se referia á él en sus versos.

Rebosó el ódio en su corazon, y pidióle al rey que desterrase á Quevedo.

No se decidia el monarca á complacer á su ministro, á pesar de que este continuaba dominándole; pero el Conde-Duque de Olivares se valió para conseguir su objeto, de una hermosísima dama llamada doña Inés de Sandoval.

Esta era una de las *protegidas* (y la llamaremos así), del galante soberano, y tanto y tan mal habló de Quevedo, tan sojuzgado estaba el monarca, tan esclavo era de las gracias de la dama, que al fin el poeta fué desterrado al convento de San Marcos de Leon.

Saboreó el ministro el placer de la venganza satisfecha, y dispuso que el injusto destierro se llevase á cabo con todo rigor.

También por indicaciones suyas, se le privó á Quevedo de la pensión que disfrutaba.

Viejo, enfermo de cuerpo y de espíritu, fué conducido el sábio poeta al convento que acabamos de citar, especie de prision de estado en la cual más de un personaje de aquella época sufrió los rigores de una larga prision.

Quizá el esclarecido héroe de nuestra historia hubiera exhalado allí el último suspiro, olvidado del ingrato monarca á quien habia prestado tan nobles y leales servicios, y olvidado también de sus contemporáneos, si la muerte del Conde-Duque de Olivares no hubiera puesto término al injusto rigor con que era tratado.

Muerto el ministro, uno de los secretarios de su despacho, hombre que no conocia personalmente á Quevedo, pero que lo admiraba por haber leído muchas de sus obras y que además se compadecia de él por su desgraciada suerte, presentó al monarca la última solicitud que el poeta habia dirigido á su enemigo mortal el Conde-Duque, y que este habia desatendido lo mismo que á las anteriores.

Aquella peticion, aquella súplica, aquel lamento del anciano prisionero es poco conocida, y por lo tanto no dudamos en copiarla en este libro.

Dice así:

«Excelentísimo Sr.:

Así dé Dios á S. M. muchos y bienaventurados años de vida, y á las armas católicas los buenos sucesos que V. E. desea, que acordándose V. E. de su grandeza y olvidando mi persona, lea este memorial.

Señor: un año y diez meses há que se ejecutó mi prision á siete de Diciembre, vispera de la Concepcion de Nuestra Señora, á las diez y media de la noche, y fui traído en el rigor del invierno sin capa, y sin una camisa, de sesenta y un años, á este convento Real de San Marcos de Leon, donde he estado todo el dicho tiempo en rigurosísima prision, enfermo por tres heridas, que con los frios y la vecindad de un rio que tengo á la cabecera, se me han cancerado, y por falta de cirujano, no sin piedad me las han visto cauterizar con mis manos: tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida.»

«El horror de mis trabajos ha espantado á todos.»

«No tengo sino una hermana monja, y esa en las Carmelitas Descalzas, de quien no puedo pretender sino que me encomiende á Dios.»

«Conozco (á persuasion de mis pecados) suma piedad en el rigor: yo propio soy voz de mi conciencia, y acuso mi vida: si V. E. me hallara bueno, mia fuera la alabanza: hallarme malo y hacerme bueno, lo será de V. E.»

«Cuando yo sea digno de piedad, V. E. es dignísimo de tenerla: propia virtud de tan gran señor y ministro.»

«Ninguna cosa, dice Séneca consolando á Marcia, juzgo por tan digna de los que están en la cumbre, como perdonar muchas cosas y no pedir perdon de alguna.»

«¿Cuál delito pudiera cometer mayor que persuadirme habian de ser orilla á la magnanimidad de V. E. mis desdichas?»

«Yo pido á V. E. tiempo para vengarme de mí mismo.»

«Ya el mundo ha oido contra mí á mis enemi-

gos: lo que pretendo es que contra mí, me oiga: más auténtica será, por más exenta de odio, mi acusacion.»

«Yo me protesto en Dios Nuestro Señor, que en todo lo que de mí se ha dicho, no tengo otra culpa sino es el haber vivido con tan poco ejemplo, que pudieran achacar á mis locuras las abominaciones.»

«No digo que es envidia la que me difama, aunque pudiera, pues hay envidiosos de más calamidades en el miserable, como de ménos dichas en el fortunado: último ingenio de la malicia humana.»

«Como yo debo perdonar á los que me aborrecen, el que soliciten mi ruina, no debe la grandeza de V. E., ni su generoso natural, perdonarles el solicitar que no perdone.»

«Los que me ven no me juzgan preso, sino con sumo rigor ajusticiado: por eso no espero la muerte, antes la trato.»

«Prolijidad suya es lo que vivo: no me falta para muerto sino la sepultura, por ser el descanso de los difuntos.»

«Todo lo he perdido.»

«La hacienda que siempre fué poca, hoy es ninguna, entre la grande costa de mi prision y de los que se han levantado con ella.»

«Los amigos, mi adversidad los atemorizó.»

«No me ha quedado sino la confianza en V. E. Ninguna clemencia puede darme muchos años algun rigor.»

«No pido, señor, este espacio naturalmente corto por vivir más, sino por vivir bien algo, aunque poco, para que sea no pequeña porcion de gloria al nombre de V. E.»

«La autoridad de V. E. ha de interceder con S. M. y su propia grandeza, consigo mismo.»

«No deseo que se acaben mis castigos, sino que se encomiende su prosecucion á mi arrepentimiento; y no es más blando artifice de tormentos, la venganza propia, que el rigor ajeno.»

«A mí todo me lo debe negar V. E., á sí, nada. Si V. E. no se acordare de nada, que le olvide de sí, no me faltará su peticion.»

*
**

Condolido el rey al leer esta solicitud del anciano prisionero, decretó que inmediatamente fuese puesto en libertad, y que se le devolviese su pension, y además los atrasos que debia haber percibido.

Cuentan que al firmar el decreto, en las pestañas de aquel monarca tan débil, tan irresoluto, pero amante como el que más de los hombres de talento, temblaban dos cristalinas lágrimas.

Esto prueba que el rey tenia un corazon excelente.

Su ángel malo, el Conde-Duque de Olivares; aquel ministro cuya política habia sido siempre tan fatal para España, ya no existia.

Felipe IV podia por lo tanto ser humano, reparar en parte una injusticia bien digna de censura.

*
**

Recibió Quevedo con una alegría de niño, la noticia de que su solicitud habia sido atendida al cabo.

Nadie como el hombre que está privado de dirigirse á donde le acomoda, que solo ve la luz del sol á través de los hierros de un triste encierro, sabe lo que vale ese inapreciable don que se llama libertad.

El pobre poeta, gloria de nuestro suelo patrio, salió del convento de San Marcos á los veintidos meses y catorce dias justos de haber entrado en él.

Enfermo y pobre salia; tan pobre, que su ropilla y su capa estaban llenas de agujeros y remiendos.

Aquella honrosa pobreza no mortificaba al noble anciano, que sabia lo que valen las grandezas humanas.

Sobre su vieja ropilla, sobre aquel pecho leal en donde tenian cabida los más grandes pensamientos, se destacaba la aristocrática cruz de Santiago.

Jamás tan glorioso distintivo brilló en más pobre traje.

La villa y córte de Madrid vió llegar una tarde, cerca ya del oscurecer, á uno de sus hijos (1) más distinguidos, al más claro ingenio de aquel tiempo, montado sobre una vieja mula de alquiler, y llevando por toda servidumbre y por todo equipaje, un muchacho de catorce á quince años, que le seguia á pié, y una tísica maletilla sujeta con correas á la grupa de su montura.

Respecto á metálico, es de creer que la limosnera del poeta estuviese tambien poco abundante.

Fué á apearse Quevedo á una humilde posada, en la cual se acostó en un ruin lecho, para descansar de las fatigas del viaje.

¡Ay! para el noble anciano, ya habia pasado el tiempo de la robustez, de las alegres esperanzas, inapreciables dones de la juventud!

Sin embargo, un sueño tranquilo y reparador, como no lo habia disfrutado igual desde su entrada en la prision, fué á posarse sobre su frente.

Dios habia mejorado sus horas para el pobre poeta.

(1) Quevedo era natural de Madrid.

CAPITULO VIII.

Un feliz encuentro.

Años hacia que la buena doña Leonarda habia dejado de existir.

Al salir Quevedo de su prision, se encontraba solo en el mundo, pues su esposa tambien habia muerto.

Todo lo habia perdido, todo.

Hasta su excelente buen humor habia quedado sepultado, tras los robustos muros del convento de San Marcos, en aquella sombría prision en donde tanto habia sufrido, en donde más de una ardiente lágrima de amargura, habia corrido á lo largo de sus mejillas.

Su lira, casi puede decirse que habia enmudecido ya.

Próximo á la tumba, cansado del mundo, y lleno de amargura el corazon, para él no tenia la vida grandes atractivos.

Víctima de un odio tenaz habia sufrido amargos sinsabores, y al cabo de una vida intachable se veia abatido, pobre, enfermo, sin tener hácia donde volver la vista; sin contar con un amigo que le tendiese una mano protectora.

Por fortunasuya, era creyente; y en el fondo de su alma acariciaba los dulces consuelos que ofrece á todos los que sufren, nuestra Santa religion.

..

Abandonó Quevedo el humilde lecho en donde habia pasado la noche, y abrió de par en par la ventana de su cuarto.

Torrentes de luz inundaron el aposento.

Empezaba entonces el otoño, estacion la más benigna que conoce Madrid, y de un jardin vecino llegaban hasta la arrugada frente del anciano poeta, suaves y perfumadas brisas.

—¡Gracias á Dios!— exclamó Quevedo aspirando con delicia el puro ambiente.—¡Esto se llama vivir!

El que en prisiones habita, vive muriendo y en perpetua agonía.

Mucho tiempo hacia ya que no disfrutaba de tan singular ventura, como la que ahora experimento.

Respiro con más libertad, mi pecho se ensancha, y hasta me parece que distingo más perfectamente los objetos, y que mis piernas están casi tan ágiles como en aquellos buenos tiempos..... que ya han pasado para mí.

¡Bendita sea la Divina Providencia!

Vestíase Quevedo, en tanto que esto decia, y en el momento de ceñirse al talle el cinturon de la espada, oyó sonar la metálica voz de una campana que tocaba á misa.

Púsose el sombrero, embozóse en su capa negra y raída, y salió á la calle.

Aquella calle era la de Cuchilleros, y la campana que continuaba sonando, pertenecía á la iglesia de San Isidro.

Encaminose á ella el poeta, que conocia el refran que asegura que *por oír misa y dar cebada, jamás se perdió jornada*, y asistió con su acostumbrada devocion al Santo Sacrificio de la misa.

Terminada esta, salió de nuevo á la calle.

Atravesaba la Plaza Mayor que en aquel tiempo no tenia arcos, ni era tan hermosa y regular como lo es en el dia, cuando sintió que una vez varonil y un tanto agitada, exclamaba á sus espaldas:

—¡Sr. D. Franciscol! ¡Sr. D. Franciscol!...

Volvióse todo lo más apresuradamente que pudo el buen poeta, y se encontró frente á frente de un hombre mofletudo, colorado como un pavo, y bastante obeso por añadidura.

Aquel hombre no llevaba espada, y vestia una ropilla de paño pardo de Segovia, y un ferriero del mismo color.

—¿No me conoceis, Sr. D. Francisco? preguntó observando que el poeta lo miraba sin pronunciar palabra, ni hacer demostracion alguna.

—No, á fé mia, respondió Quevedo. No os conozco.

—¿Es posible que una poca más de carne, repartida por todo el cuerpo, me haya cambiado tanto que ya no me conoce mi antiguo y noble señor?...

—¿Entonces vos... tú, eres?...

—¡Sí, mi querido D. Francisco de mi alma!

¡Sí, yo soy Beltran, vuestro fiel servidor!

Lanzó Quevedo una gozosa exclamacion, y amo y criado se arrojaron el uno en los brazos del otro, sin importársele un bledo que algunos curiosos que pasaban por la Plaza, se parasen á mirarlos con estrañeza, y con un tanto de impertinencia.

—¡Señor de mi alma! exclamó Beltran.

¡Qué alegríal

Pero, ¡venid, venid, porque segun parece, estamos llamando la atencion de esos papanatas,

Afortunadamente, tengo cerca de aquí mi vivienda.

Echaron á andar amo y criado, y despues de haber atravesado la Plaza Mayor y la calle de Postas, entraron en una angosta calleja que hoy

ya no existe, y que entonces era conocida con el nombre de: *Callejon del Cofre*.

Detúvose Beltran ante una casita de agradable aspecto, y de un solo piso, diciéndole á Quevedo:

—Aquí teneis vuestra casa, señor.

Dicho esto, entraron y Beltran empezó á gritar:

—¡Catalina, Catalina!

En lo alto de la escalera apareció una moce-lona robusta, fresca, hermosa, que enseñaba al sonreirse una magnífica dentadura.

Como debe suponerse era la esposa de Beltran.

Este repitió:

—¡Catalina! aquí te traigo al Sr. D. Francisco de Quevedo! ¡á mi buen amo! ¡al noble caballero de quien te he hablado tantas y tantas veces.

Catalina recibió al poeta con tanto respeto como alegría, y el anciano experimentó un dulce consuelo al verse entre aquellas personas, que le mostraban tenerle algun cariño.

A punto de terminar este libro creemos necesario hacer en él algunas aclaraciones.

Mucho tiempo antes de que doña Leonarda, la anciana ama de llaves, hubiese entrado al ser-

vicio de Quevedo, Beltran recibió un día la noticia de que un tío suyo, primo-hermano de su padre, había fallecido en Méjico, despues de nombrarlo su heredero.

Una de las cláusulas del testamento, cláusula bastante extraña, era que Beltran no pudiese entrar en posesion de la herencia, hasta despues de haber contraido matrimonio con la hija única del difunto, jóven que tenía por nombre Catalina.

Beltran estaba poco inclinado á pasar *el charco*, y mucho ménos á casarse, pues tenia tanta ó más aversion al matrimonio, que su amo; pero este teniendo en cuenta el futuro bienestar de su leal servidor, empleó con él su autoridad y aun cuando de muy mala gana, Beltran partió para Méjico.

Algunos meses despues, Quevedo recibió una carta fechada en la ciudad de Motezuma, en la cual Beltran le decia que su prima era muy bella, que estaba decidido á unir su suerte á la suya, y que la herencia, sin ser muy cuantiosa, era mucho más considerable de lo que él habia creído.

Pasaron algunos años.

La prision de Quevedo fué causa de que este no recibiese una carta de Beltran, en la cual el fiel criado le participaba que iba á regresar á España en compañía de su esposa.

La pobreza del poeta no podia ocultarse á los ojos de Beltran, el cual lloró amargamente en tanto que Quevedo le referia sus infortunios.

—¡Señor de mi alma!— exclamó Beltran gimiendo.—¡Yo no soy más que un pelagatos, pero á buen corazon no me gana el mismo rey!

Sin ánimo de ofenderos os ruego encarecidamente que os vengais á vivir en nuestra compañía, y... no digais que no, porque seria capaz de morirme de pesadumbre.

Catalina unió sus súplicas á las de su esposo, y Quevedo despues de largas discusiones aceptó la cariñosa oferta, proponiéndose reembolsar á Beltran de los gastos que por él hiciese, tan luego como volvieran á satisfacerle su pensión.

Su delicadeza era extremada.

CAPITULO IX.

Regalo que hizo Quevedo á su ahijado Francisco Alvaro Clemente.

Pagáronle al poeta su pensión.

Tambien obtuvo fácilmente una audiencia del rey.

Asistió á aquella audiencia con un traje no tan pobre como aquel con que habia hecho su entrada en Madrid, pero mucho más humilde que los que solia usar en otro tiempo.

—¡Quevedo! le dijo el rey con acento conmovido.

¡Fui injusto con vos, pero estoy dispuesto á reparar el daño en lo posible!

Pedidme una merced, y os la concederé en seguida.

¿Qué deseais?

—Señor, respondió el poeta. Nada deseo, nada quiero, porque mi ambicion es hoy mucho más limitada aun que en la época en que V. M. ha querido honrarme con la embajada de la república de Génova.

—Embajada que no habeis aceptado, dijo el rey, á pesar de que os la ofrecí repetidas veces.

*
**

Salió Quevedo del Real Alcázar, decidido á frecuentar poco sus antesalas, aun cuando el monarca le dijo al tiempo de despedirlo, que esperaba verlo con frecuencia.

Como habia dicho bien, habia sido siempre poco ambicioso, y entonces que era viejo, entonces que se hallaba lleno de achaques hijos de la edad, sólo aspiraba á vivir tranquilamente sin esponerse á que la envidia y las intrigas cortesanas, le hiciesen amargar el favor real con que le brindaba la fortuna.

Algunos meses despues de haber tenido lugar la audiencia, Beltran le dijo muy alborozado:

—¡Albricias, señor! ¡dadme albricias!

—Te las daré, buen Beltran, afirmó Quevedo, pero para ello es necesario que sepa lo que causa tu alegría.

—Catalina..... mi esposa.....

—Vamos, hombre: acaba de decirme que es lo que sucede.

Catalina tu esposa, ¿qué?

—Está en cinta, respondió Beltran respirando ruidosamente.

Con vos ha venido la felicidad á esta casa, con vos han llegado hasta aquí las bendiciones del cielo.

Al cabo de muchos años de matrimonio, y cuando ya mi Catalina y yo no esperábamos tener fruto de bendicion, resulta que ahora.....

Vamos, ¡yo estoy loco de contento!

¡Un hijo!... ¡Verse uno reproducido!...

¿Sabeis, señor, que la dicha no me cabe en el cuerpo?

—Comprendo bien tu alegría, Beltran.

—Mi hijo, prosiguió este; porque yo espero que lo que Catalina dé á luz, será niño, tendrá la hermosura de su madre, y la robustez mia.

Porque yo soy muy robusto, y Catalina muy hermosa.

—¿No es verdad que sí, Sr. D. Francisco?

—Bien dices, efectivamente, respondió el poeta sonriéndose con benevolencia.—El hijo de Catalina, si á ella se parece, será bello, y es muy probable que nazca robusto como un tudesco.

Recibe, pues, mi enhorabuena, amigo Beltran, y cuenta que sea niño ó niña, el ángel que dé á luz tu esposa, quiero ser su padrino.

Lanzó Beltran un grito, y llorando de alegría abrazó estrechamente á Quevedo llamándole su bienhechor, su amparo, su padre y repitiendo que con él habia entrado la felicidad en aquella casa.

Tres meses después, Catalina daba á luz con la mayor felicidad, un hermoso niño, rollizo y mofletudo como esos ángeles de madera que adornan los retablos.

Beltran reia y lloraba al mismo tiempo, y formaba infinidad de planes respecto al recién nacido. Tan pronto queria que fuese militar, un bra-

vo militar, como temeroso de que una bala de arcabuz ó de bombardas pudiese agujerear alguna vez la piel de aquel hijo amado, pensaba que sería mucho mejor hacer que el tierno infante siguiera la carrera eclesiástica.

—Con un poco de suerte, y protegido por vos, que gozais de tanto favor en la corte (le decía á Quevedo), mi chiquitín, mi hijo, podrá alcanzar las mayores dignidades.

Canónigo, obispo, arzobispo, quizá: ¿quién sabe!

El tiempo da mucho de sí, y *Francisquito* tiene en su fisonomía ciertos rasgos que anuncian al hombre sabio, al hombre destinado á ocupar en el mundo, puestos encumbrados.

Amparado por vos, Sr. D. Francisco, por vos, su noble padrino, no dejará de ser un mozo de cuenta.

El dichoso padre, en medio de su disculpable alegría, no tenía presente la avanzada edad de Quevedo.

Este no quería amargar con una reflexión aquella expansiva alegría, y participaba también

del contento de aquel honrado padre, de aquel leal servidor que había compartido con él la mayor parte de sus buenos y malos tiempos.

—¡Cuando mi ahijado llegue á la edad de poder abrazar una carrera, pensaba con natural melancolía, yo ya no existiré!...

El hijo de Beltran se llamó Francisco Alvaro Clemente.

D. Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, y caballero del hábito de Santiago, fué su padrino conforme había prometido, y lo sostuvo sobre la pila bautismal de la iglesia de San Sebastian.

El padre del niño había asistido á la sagrada ceremonia, y estaba envanecido de ser compadre del anciano caballero, del célebre poeta, con cuya amistad se honraban los más grandes señores de la corte.

Beltran había dispuesto un suculento festín,

para celebrar la venida al mundo de aquel hijo tan querido como inexperado.

Como debe presumirse, Quevedo ocupó la silla presidencial en el festín.

—Cuando sirvieron los postres, el poeta sacó del bolsillo de su ropilla, un abultado pliego, y se lo presentó á Beltran sin decirle una palabra.

—¿Qué es esto, señor? preguntó el padre de Francisquito, dando vueltas al pliego que contenia muchos sellos.

—Eso, respondió Quevedo, es el regalo que hago á mi ahijado.

—Cuando yo ya no exista, romperás el sobre de ese pliego.

—¡Ah! ¡señor de mi alma! exclamó Beltran dolorosamente, interrumpiendo al poeta.

—Lo que me entregais, es vuestro testamento!

—Después de pronunciar estas palabras, quiso continuar hablando, pero la pena le ahogaba, y solo salieron de su garganta entrecortados sollozos.

—¿Por qué te apesadumbras de ese modo, mi buen Beltran? preguntó Quevedo. Como debes comprender, yo no puedo ser eterno.

He alcanzado ya la edad en que el hombre vive de milagro, y el día ménos pensado tendré que emprender el viaje para el otro mundo.

Como soy hombre previsor, como quiero con toda mi alma á mi ahijado, y careciendo como carezco de herederos forzosos, he pensado que obraría cuerdamente haciendo testamento, hoy que á Dios gracias gozo de buena salud y tengo cabal juicio.

Vamos, amigo Beltran, no llores, porque el hacer testamento no quiere decir que uno vaya á estirar inmediatamente la pierna.

No me duele nada, como con apetito, duermo bien, y espero vivir aun algunos años.

Estas palabras no consolaban á Beltran, y Quevedo prosiguió:

—Como no tengo más familia que la tuya, ni hijo que herede los pocos bienes que aun poseo, obro en conciencia legando mi pobreza á mi ahijado.

—Aceptala en nombre suyo, y no se hable más del asunto.

Cuantos escucharon estas palabras se esforzaron á porfía en consolar á Beltran que derramaba lagrimones como el puño, persuadiéndole al mismo tiempo de que debia aceptar el regalo hecho á su hijo.

El pobre hombre parecia no estar muy dispuesto á aceptarlo, y así lo manifestó con sentidas frases, que probaban su cariño hácia Quevedo.

Por fin, despues de largos razonamientos besó respetuosamente el pliego, y con acento contristado aun dijo:

—¡Corrientel! ¡aceptaré, ya que todos me dicen que pareceria ingrato si rechazase el donativo de D. Francisco!

¡Pero al aceptar, señor, añadió hablando con el poeta, ha de ser con la precisa condicion de que nunca os habeis de separar de mí, de que jamás habeis de abandonar esta casa!

De lo contrario, si no me dais vuestra promesa, ni frailes descalzos me decidirán...

—¡Pero hombre de Dios! exclamó Quevedo interrumpiendo á Beltran. ¿No te he dicho ya que

no tengo más arrimo ni más familia que la tuya?

Te doy mi palabra de caballero, y así Dios me dé muchos años de vida para disfrutar de tan buena compañía, que nunca, nunca, ¿lo entiendes?... nunca me apartaré de tí.

Si por otra, llegases á dejar esta casa, me iré contigo á tu nueva vivienda; si Madrid llegase á cansaros á tí ó á tu mujer, ó este clima no fuese provechoso á mi ahijado (porque todo hay que tenerlo presente) y tuviéseis que salir de la córte, yo me iria tambien con vosotros.

¿Quieres más aun?

—No, no quiero más, contestó Beltran, y ya estoy contento.

¡Que Dios os colme de bendiciones!

—¡Amen! añadió Quevedo.

*
*

La generosa disputa no pasó de lo que llevamos dicho, y el festin terminó alegremente.

Durante él, á ruegos de los circunstantes, el

poeta se vió obligado á pulsar su lira armoniosa y festiva.

Los convidados de Beltran aplaudieron con entusiasmo.

Escusado nos parece decir que el anciano fué el rey de la fiesta.

CAPITULO X.

En Villanueva de los Infantes.

Robusto, hermoso se criaba el ahijado de Quevedo, pero llegó la estacion de los grandes calores y el niño empezó á desmejorarse de un modo notable y alarmante.

Madrid no es el clima más á propósito para los niños de corta edad.

Esto lo sabian muy bien los padres de la época de nuestro poeta, y Beltran justamente alarmado, y temiendo que su hijo fuese uno de los tantos ángeles que la muerte lleva al cielo, comunicó á Quevedo sus temores, y habló de *mudar de aires*, recurso al cual se apela con mucha frecuencia.

Mudemos de aires, pues, dijo el poeta, porque sería muy doloroso para mí que un pícaro garrotillo ú otra enfermedad por el estilo se llevase á mi querido ahijado.

—¿Y á dónde le parece á vuestra merced que debemos dirigirnos? preguntó Beltran.

Quevedo tardó algun tiempo en responder á esta pregunta, pero al cabo lo hizo en estos términos:

—A catorce leguas de Ciudad-Real, en una hermosa villa que se llama *Villanueva de los Infantes* (1), poseo una casita con su correspondiente jardín, poblado de árboles frutales.

Villanueva de los Infantes tiene un clima templado en el invierno, fresco y agradable en la canícula, mucho más agradable que este frío humano que se llama Madrid.

Por lo tanto, mi opinión es que nos vayamos sin pérdida de tiempo á mi casita, que el día de mañana pertenecerá á nuestro pequeño Francisco, y Cristo con todos.

(1) Patria de Santo Tomás de Villanueva.

Beltran fué del mismo parecer que el poeta, y Catalina que aprobaba siempre todo cuanto decía su marido, empezó á hacer los preparativos necesarios para el viaje.

En aquel tiempo, el trasladarse de una población á otra, especialmente en España, era asunto sério; asunto que llevaba consigo infinitas contrariedades, y gastos de consideración.

Por fortuna, Catalina era mujer hacendosa, y bastante á propósito para disponer todo lo necesario, y gracias á ella, tres días despues de haber tenido lugar la conversacion entre el padre y el padrino de Francisquito, todo estuvo dispuesto para emprender la marcha.

Quevedo habia ajustado en un precio bastante crecido una pesada carroza de viaje, y un día muy de madrugada nuestros personajes se encajonaron en ella, despues de haberse encomendado á Dios.

Pasaremos por alto los acontecimientos que tuvieron lugar durante el viaje, y sólo diremos que la carroza estuvo á punto de volcar más de

diez veces, y que si no volcó fué por un milagro patente de la Providencia.

*
**

Instalóse Quevedo en su casita en compañía de sus amigos y de su ahijado, el cual empezó á mejorar tan luego como respiró aires más benignos que los de Madrid.

Tenia el poeta en Villanueva de los Infantes un amigo llamado D. Juan de Mendoza, casi tan anciano como él, pero no tan resignado como lo estaba Quevedo con la inmutable ley de la naturaleza, que destina á todos los humanos al sepulcro en edad más ó ménos avanzada.

Un día D. Juan, llena el alma de amargura y casi á punto de llenársele de lágrimas los ojos, dijo que era cruel la sentencia que pesaba sobre la humanidad.

Quevedo escuchó con calma las lamentaciones de su amigo, y luego improvisó el siguiente soneto:

«Señor don Juan, pues con la fiebre apenas
Se calienta la sangre desmayada.

Y por la mucha edad desabrigada
Tiembla, no pulsa, entre la arteria y venas;
Pues que de nieve están las cumbres llenas,
La boca por los años saqueada,
La vista enferma en noche sepultada,
Y las potencias de ejercicio ajenas,
Salid á recibir la sepultura;
Acariciad la tumba y monumento,
Que morir vivo es última cordura.
La mayor parte de la muerte siento,
Que se pasa en contentos y locuras,
Y á la menor se guarda el sentimiento.»

Esta bellísima composición no consoló al señor de Mendoza.

Aquel anciano, que tenia tanto apego á la existencia, que conocia que le restaban ya muy pocos años de vida, vivia muriendo y padecia lo que es indecible al pensar en el duro trance.

—¡Ay de mí, exclamaba! ¡Nunca como ahora,
me ha parecido tan bella la existencial
¡Las flores del campo, la dulce brisa del ama-

necer, el canto de las aves, todo, todo llena mi alma de melancolía, pensando que dentro de poco tiempo ya no podré disfrutar de tanto bueno como el Señor ha concedido al mundo!

¿Por qué discurrirá por nuestras venas el veneno de la muerte?

¿Por qué la vida es tan corta?

—Mucho tiempo, amigo, tanto tiempo (dijo)
no ser del mismo parecer.
Mi enfermedad es una trave de lo que han
sido, y con lo que se ha conseguido jamás
distante con los debates de cristianos.

CAPITULO XI.

La muerte del poeta.

Y era y Charco, y el vicario de Villanueva de los Infantes, confeso
y vicario de Villanueva de los Infantes, confeso
sin pérdida de tiempo al colegio administrativo
debe después la Santa Facultad.

Próxima estaba la terminación del verano.

Hablaba ya Quevedo de trasladarse á la corte, y Catalina con su acostumbrada actividad habia empezado á hacer los preparativos del viaje, cuando un dia nuestro poeta se sintió repentinamente indispuesto.

Metióse en el lecho, del cual ya no debia levantarse más, y Beltran corrió desalado en busca de un médico.

Este, despues de pulsar al enfermo, dijo que en su concepto la indisposicion no tenía la menor importancia, y que cesaria con una absoluta quietud y un sueño reparador.

—Mucho siento, amigo mio, replicó Quevedo, no ser del mismo parecer.

Mi enfermedad es más grave de lo que pensais, y tan lo creo así, que deseo cumplir inmediatamente con los deberes de cristiano.

No replicó el facultativo, y D. Lorenzo de Vera y Chacon, religioso de la orden de Santiago y vicario de Villanueva de los Infantes, confesó sin pérdida de tiempo al enfermo, administrándole despues la Santa Eucaristía.

Quevedo recibió al Señor con reverente ternura y luego se quedó muy sosegado, tanto que parecia que la indisposicion habia desaparecido por completo.

Sin embargo, no era así.

La indisposicion, ó mejor dicho la enfermedad estaba adormecida, y pronto habia de llevar á la tumba al más esclarecido poeta de aquel tiempo.

Preguntóle el vicario al enfermo si deseaba que le administrasen la extrema-uncion, pero Quevedo dijo que aun no era tiempo.

Luego empezó á hablar muy sosegadamente de su entierro y honras, y como D. Lorenzo de

la Vera y Chacon le dijese que convendria que honras y entierro tuviesen el mayor lucimiento posible, Quevedo replicó con un resto de su antiguo carácter jovial y festivo:

—Eso sí que no, amigo mio.

Quiero que mi entierro sea modesto, y que no haya en él música y chirimías.

La música, páguela quien la oyere.

Imponderable era el dolor con que Beltran y su esposa escuchaban estas palabras.

Beltran contenia las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, pero Catalina sollozaba amargamente.

Procuró consolarlos Quevedo, y quiso ver á su ahijado, el cual con sus gracias infantiles formaba su mayor embeleso.

Al ver al niño, que tendia hácia él sus brazos, se incorporó en el lecho sin que nadie le ayudase á ello, y despues de besarlo en ambas mejillas, exclamó con enternecido acento:

—¡Que Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo!...

Empezó á cerrar la noche, y la indisposicion tomó proporciones alarmantes.

Sin embargo, á pesar de la calentura, no tuvo el poeta más que algunos momentos de delirio.

Catalina y Beltran, como debe suponerse, velaban á la cabecera del lecho, con tierna solicitud, haciendo votos y promesas para que su amado enfermo recobrase la salud perdida.

Al ser de dia entró el médico.

Despues de examinar a Quevedo, este que se habia mejorado algun tanto, preguntó:

—Mi querido doctor: ¿cuántos dias creéis que me quedan de vida?

Vaciló el facultativo en responder á esta pregunta, pero luego lo hizo en estos terminos:

—La ciencia médica está sujeta á infinitas equivocaciones, pero creo, Sr. D. Francisco, que aun vivireis tres ó cuatro dias más.

—Pues yo os digo, añadió el poeta, que dentro de tres horas ya habré dejado de existir.

Por lo tanto, deseo recibir la extrema-uncion.

No se equivocó en sus presentimientos el ilustre enfermo.

Tres horas despues, habia espirado.

El breve espacio de que podemos disponer nos impide decir cuánto fué el pesar de Catalina, y sobre todo el de su esposo, que no pudo consolarse nunca de la pérdida de su amado señor.

Conforme habia dispuesto este, se le hizo un entierro muy modesto, al cual asistieron todos los moradores de Villanueva de los Infantes.

Fué depositado el cadáver en la bóveda del convento de Santo Domingo de la villa, y más tarde lo trasladaron á Madrid.

Ya en la córte, se le dió honrosa sepultura en la iglesia del convento Real de Santo Domingo, al lado de la tumba de su hermana, doña Margarita de Quevedo, muerta algunos años antes.

No se equivocó en sus presentimientos el ilus-

tró infante.

Tres horas después había espirado.

El breve espacio de que podíamos disponer

nos impide decir de este

CONCLUSION.

y sobre todo el de su espazo, que no pudo conso-

larle nunca de la pérdida de su amado señor.

Conforme había dispuesto este, se le hizo un

capituro muy modesto al cual asistieron todos

los señores de Villanueva de los Infantes.

que depositado el cadáver

de maravilloso.

Algunos días después de la muerte de Queve-

do, hubo en Villanueva de los Infantes una fiesta,

durante la cual se lidiaron en la Plaza de la Villa

ocho toros.

Uno de los lidiadores era un caballero princi-

pal, llamado D. Andrés de Sotomayor.

D. Andrés había notado en el entierro del

poeta, que el cadáver de este calzaba unas mag-

níficas espuelas de oro.

Aquellas espuelas eran de una forma muy

nueva, y se las había regalado á Quevedo el car-

denal Juanentín Doria, arzobispo de Palermo,

cuando el poeta era secretario del duque de Osuna.

A pesar de la extremada pobreza á que se ha-
bia visto reducido el héroe de nuestra historia,
durante su larga prision, jamás había querido
vender el presente del arzobispo, tanta era la es-
timacion en que lo tenía.

D. Andrés de Sotomayor deseando lucir en la
plaza, las hermosas espuelas, logró reducir al
guardia de la bóveda del convento de Santo Do-
mingo de la Villa, á que se las quitase al cadáver.

Hacia ánimo de devolverlas tan luego como
se hubiese terminado la corrida.

Tuvo lugar la profanacion, y el caballero se
presentó en la plaza, cubierto de galas y calzan-
do las brillantes espuelas.

Rejon en mano, y fija la vista en un pujante
toro negro, acometió D. Andres á la fiera.

Sereno era su valor, y en más de una oca-
sion se había visto ya frente á frente de bravos
toros de Jarama, porque era sumamente aficiona-
do á la lidia.

Pero entonces se sintió súbitamente acometido
de un involuntario pavor, de espanto tal, que in-

finidad de personas pudieron observar que su rostro se cubria de mortal palidez.

Sin embargo, el toro negro habia huido de él, en el momento mismo en que iba á clavarle el rejon.

Temiendo que pudieran dudar de su valor, hizo un esfuerzo supremo, y clavando las espuelas al caballo que montaba, salió de nuevo al encuentro de la fiera.

Volvióse esta prontamente y aquella vez no huyó, sino que plantándose frente á frente del caballero, se puso á escarbar la arena, lanzando hácia su espalda nubes de polvo y bramando enfurecida.

Oprimiósele el corazon á D. Andres de Sotomayor.

Jamás habia sentido igual pavor, y se creyó á dos dedos de la muerte.

Aumentóse la horrible palidez de su rostro, á lo largo de su cuerpo corrieron estremecimientos convulsivos, y cada vez más convencido de que habia llegado el último instante de su vida, encomendó su alma á Dios.

Los espectadores comprendieron perfectamente que Sotomayor no era en aquel momento el alentado caballero que habian admirado en otras ocasiones, y respirando apenas, creian que iba á tener lugar un sangriento desentlace.

Entre tanto el toro negro bramaba cada vez más furioso, salpicando de espuma su ancho pecho.

Los ojos del fiero animal brillaban cual si fueran carbones encendidos.

El pavor de D. Andres crecia, pero su amor propio le obligaba aun á permanecer en el puesto de honor.

De pronto el poderoso animal bajó la testuz, y presentando sus agudos pitones, partió para el caballero como el alud que se despeña desde una elevada cumbre.

El de Sotomayor se olvidó entonces de que lo contemplaban infinidad de espectadores.

Loco de terror y espanto, revolvió su caballo, y aplicándole de nuevo las espuelas, huyó veloz como el rayo; veloz como huye delante del iracundo soplo de la tempestad, la hoja seca desprendida del árbol.

Seguíale muy de cerca el fiero animal levantando nubes de polvo, y lanzando de su pecho bramidos formidables como el trueno.

En un instante el caballo de D. Andres llegó cerca de la elevada valla que resguardaba á los espectadores.

Una vez más aun, enterró las espuelas el caballero en los hijares del noble bruto, y este saltó la valla relinchando de dolor.

Luego emprendió una carrera desenfrenada, sueltas las riendas, tendida la crin al viento, y humeantes las narices.

Aquella desenfrenada carrera duró mucho tiempo.

Por fin tuvo término, y el caballo, cubierto de sudor y de espuma, se paró estremecido á la puerta de un gran edificio.

Pasóse D. Andres la mano por la pálida frente, de la cual brotaba tambien abundante sudor, y fijó sus ojos en el edificio que tenia en frente de sí.

Aquel edificio era el convento de Santo Domingo de la Villa, en el cual estaba depositado el cadáver de D. Francisco de Quevedo.

— ¡Oh! ¡Providencia divina! exclamó el caballero. ¡Acato y venero tus justos fallos!

Dicho esto, se apeó del caballo, y entrando en la iglesia del convento, oró durante largo rato.

Luego se quitó las espuelas de oro, y besándolas con religioso respeto, bajó á la bóveda, en donde se las calzó él mismo al cadáver del eminente poeta, orando al mismo tiempo por el descanso eterno de su alma.

«Aquél suceso, dice la historia de Quevedo, »dió no poca admiracion á los que tenían noticia »de que D. Andres de Setomayor, en vez de acicatés, se habia calzado las espuelas de D. Francisco, concibiendo todos gran horror, por el respeto que se debe á un cadáver aun en las cosas »más leves.»

«A este asunto escribió en latin un epigrama, »el doctísimo monseñor D. Martin Lasarina de »Madrigal.»

¿Qué más diremos á nuestros lectores?...

El cadáver de Quevedo, ó mejor dicho los huesos de aquel gran poeta, formaron parte de una procesion que presenci6 Madrid hace muy pocos años.

Los ministros que entonces estaban al frente de los destinos de España, habian concebido el proyecto de erigir un suntuoso edificio para depositar en él los restos mortales de nuestros grandes hombres.

La *procesion de los huesos* pertenecientes á algunas de nuestras celebridades antiguas y contemporáneas, se llevó á cabo, y aquellos respetables restos fueron depositados momentáneamente en el convento de San Francisco el Grande (donde aun existen), hasta tanto que estuviese construido el panteon.

¿Se construyó?

No por cierto.

Del dichoso panteon ni aun quizá están hechos los planos.

En cambio, y en solos cuatro ó cinco meses, se ha fabricado una magnífica plaza de toros que

por su capacidad, por su solidez y elegante arquitectura es la primera de España.

¡Oh! cara patria del carbano y de las conferencias!...

¡Siempre serás notable por tu ingratitud hacia los que te aman y enaltecen!

Lo mismo que cierta clase de mujeres, aprecias á los que te maltratan, y olvidas fácilmente á aquellos que te dedican sus vigiliassu talento, y de los cuales se envanecerian justamente otras naciones ménos ingratas.

Quevedo, uno de tus poetas más populares, más esclarecidos, ni aun tiene en Madrid (al ménos que sepamos), una calle, una plaza que lleve su nombre.

En cambio hay muchas calles y plazas que se llaman lo mismo que ciertas funestas celebridades, que dieron al país más días de luto que de gloria; más momentos de penalidades que de ventura.

El nombre de Quevedo corre de boca en boca, sus poesías festivas se reproducen diariamente, siendo entre todos los talentos de su época

ca, el más popular, el que con más justicia alaban naturales y extraños.

Pero Quevedo, el gran Quevedo no tiene aun en la capital de España, población en donde abrió sus ojos á la luz del día, un monumento, una estatua que dé á conocer á los extranjeros que aquí apreciamos algo á nuestros grandes hombres.

¿Por qué no se levanta una estatua al inmortal Quevedo?

¿Por qué razón su nombre glorioso no figura en la esquina de una calle principal, ó de una plaza de la coronada villa?.....

Conteste quien pueda ó quiera, á estas dos preguntas.

..

No es bastante (al ménos nosotros lo creemos así) manifestar con palabras el aprecio que se hace de un nombre eminente.

«Obras son amores, como dice muy bien el adagio, y no buenas razones.»

¿Seria tan costoso, arruinaría al país; á este país bendito en donde tanto y tanto se malgasta

en hacer que aparezca el nombre, el dedicar á la memoria de Quevedo algo más que vanas palabras?

Creemos que no.

Quevedo nació en Madrid, en el año de 1600, según afirma su historia.

Esta, al dar cuenta de su nacimiento, dice:

«Salió una nueva luz para hermosear con sus rayos, á España y el mundo todo.»

»Quevedo con lo escrito y lo obrado, ha dejado tanto que admirar al entendimiento, y que seguir á la voluntad que permanecerá su nombre en la memoria de todos, con más ventaja que los rayos solares; pues en ningún tiempo podrá tener el ocaso del olvido, ni el eclipse de oposición maligna, llevando en el carro triunfal de sus glorias atado el descuido y la envidia, causas de tan perniciosos efectos, que suelen deslucir á los hombres grandes.»

¡Cuanto se equivocaba el historiador, al afirmar que estaba *atado el descuido al carro del triunfo!*

En un país como el nuestro, el *descuido* siempre anda suelto.

¡Muy caro está indudablemente el mármol, cuando aun no se le ha erigido una estatua al renombrado poeta!

¡A muy subido precio deben venderse en la plaza, como diría un hombre de negocios, las lapidas de tamaño microscópico, cuando una de ellas no ha reemplazado aun á alguna de las infinitas en que se leen estas ó parecidas palabras:

Calle del *perro*, calle del *gato*, calle del *pez*, calle del *burro*, calle de la *sarten*, calle de...

Pero, ¿á qué cansarnos más?

Si el inmortal Quevedo hubiera escrito en la primera página de alguna de sus obras: *Calefacción social*, *Derechos inalienables é ineludibles*, *El progreso* (buen progreso está el nuestro), *La razon*, y tantas otras palabras huecas y campa-

nudas con que los filósofos modernos nos aturden diariamente los oídos, entonces, ¡oh! entonces, el inimitable poeta quizá tendría estatuas, fuentes monumentales y calles y plazas, que llevasen su nombre ilustre.

Pero, ¿á qué cansarnos? repetimos.

*El predicar en desierto
Siempre fué sermon perdido.*

FIN DE LA OBRA.

OBRAS PUBLICADAS
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

	TA.	RA.		TA.	RA.
POR D. E. ORTEGA Y FRIAS.					
La Cruz de la Ermita	2	3	Castigo del Cielo	1	1 1/2
Amor de un Angel	1	1 1/2	Heroísmo de una Madra	1	1 1/2
Drama Negro	2	3	La Madre de los Pobres	2	3
La Nieta del Comendador	2	3	Gloria, Dinero y Mujer	2	3
La Palma del Martirio	1	1 1/2	El Naufragio del Grumete	1	1 1/2
El Angel de la Familia	1	1 1/2	Tempestades del Alma	1	1 1/2
El Envenenador	1	1 1/2	Tratado de Física Recreativa	2	3
La vida y viajes de Cristóbal Colón	4	6	Maldito dinero!	2	3
El Conquistador de Méjico por Hernán Cortés	3	4 1/2	POR D. A. DE SAN MARTIN.		
La Conquista del Perú por Francisco Pizarro	3	4 1/2	El Casamiento de Quevedo	3	4 1/2
Una Hermana de la Caridad	1	1 1/2	Memorias de un Desenterrado	1	1 1/2
POR D. E. HERNANDEZ.					
El Cazador de Tigres	2	3	El Siglo del Can-can	1	1 1/2
La Estrella del Sur	1	1 1/2	La Tumba de una Hija	1	1 1/2
La Perla de la Costa	2	3	El Señor de las Gafas Verdes	1	1 1/2
Los Aventureros	1	1 1/2	Locura de Amor	1	1 1/2
El Rio de Sangre	1	1 1/2	Los Vampiros del Siglo XIX	3	4 1/2
La Fuente de las Gracias	1	1 1/2	Historia de un Renegado	1	1 1/2
Memorias de un Misionero	1	1 1/2	Los Pescadores de Venus	1	1 1/2
Un Año en Oceanía	2	3	POR M. A. DUMAS.		
Don Pedro el Cruel	2	3	Un Gil Blas en California	3	4 1/2
Las Habitaciones Aéreas	2	3	Historia de un muerto.—Un baile de máscaras.—El cochero de cabriolé	1	1 1/2
La Dama del Peine de Oro	1	1 1/2	POR D. E. LLORENTE		
Aventuras de un Navegante	2	3	Hazañas de un Solteron	2	3
La Astronomía al alcance de todos	2	3	QUEVEDO.		
Un invierno en Noruega	2	3	Poesías de don Francisco de Quevedo Villegas	1	6
Un viaje á la Mongolia	2	3	VARIOS.		
Los Cazadores de la pradera	1	1 1/2	Historia de Bertoldo	3	4 1/2
Las Galas de la Creación	2	3	La Conquista de Madrid, por doña E. Feijóo y de Mendoza	2	3
Los secretos del Océano	2	3	Un Inglés enamorado, arragio del francés, por D. A. Castilla y Gutierrez	2	3
POR EL CAPITAN BURTON.					
Peregrinacion á la Meca	2	3	Cuentos de Hadas, por madame d'Aulnoy	4	6
Viaje al País de los Mormones	2	3	Viajes del capitán Gulliver	4	6
Los grandes Lagos de Africa	2	3	Los pieles Rojas, por F. Gerstaecker	1	5
POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.					
Los Ayudantes del Diablo	2	3	El Contrabandista, por don Hipólito Casilla	2	3
Los Busca-vidas	2	3			

VOLÚMEN NÚM. 130
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBLICADAS.	Ts.	Rs.	OBRAS PUBLICADAS.	Ts.	Rs.
POR EL CONDE A. DE MOUSTIER. Un viaje por Oriente. 2 3			POR D. VENTURA DE LA VEGA. Poesías líricas. 2 3 Cartas íntimas. 4 4 1/2		
POR D. EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO. Noche de Venganzas. 4 4 1/2			OBRAS EN PUBLICACION. El Cid Campeador por D. Ramon Ortega y Frias. Los Amores de una esclava por E Hernandez y Fernandez. Las Fuentes del Nilo por el Capitan Speke. Quevedo y el Conde-Duque por D. Antonio de San Martin.		
POR D. A. CASTILLA Y GUTIERREZ El Gato Negro. 4 4 1/2					
POR D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA. Las Mujeres del dia. 4 4 1/2					



Véase la 3.^a plana de esta cubierta